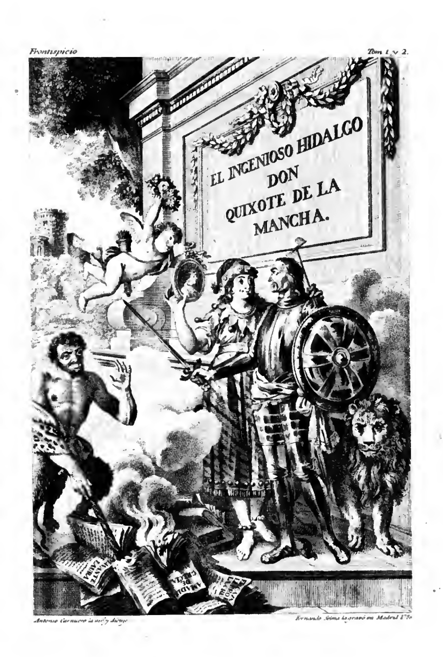



NAZIONALE
FONDO
DORIA
III
321/2
VITTORIO EM. III
NAPOLI




Frontispicio
Tom. I y 2.
EL INGENIOSO HIDALGO
DON
QUIXOTE DE LA
MANCHA.



EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

TOMO II.

CON SUPERIOR PERMISO:

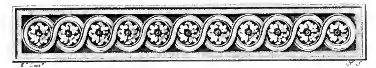
EN MADRID

POR DON JOAQUIN IBARRA IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE LA REAL ACADEMIA.

MDCCLXXX.





TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.





PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXII.

De la libertad que dió Don Quixote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasáron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos,

y todos con esposas á las manos. Venian asimesmo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. ¿Como gente forzada? preguntó Don Quixote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de voluntad. Así es, dixo Sancho. Pues desa manera, dixo su amo, aquí encaxa la execucion de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia, añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos mal-

aventurados, no es tiempo este de detenerles á sacarlas, ni á leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mesmos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que Don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó, que porque pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió, que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quixote. Pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fuéron, que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dixo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues como? repitió Don Quixote ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Ántes he yo oido decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Acá es al reves, dixo el

galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente non santa, confesar en el tormento: á este pecador le diéron tormento y confesó: su delito era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenáron por seis años á galeras, amen de docientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan, y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó, y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delinqüente, que está en su lengua su vida, ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el qual de presto y con mucho desenfado respondió y dixo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y bas-

ta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote: y la culpa por que le diéron esta pena, es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. Á no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser General dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la República bien ordenada, y que no le debia exercer sino gente muy bien nacida: y aun habia de haber veedor y exâminador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se escusarian muchos males que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á ménos, pagecillos, y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha: quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia ha-

cer eleccion de los que en la República habian de tener tan necesario oficio ; pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar : solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro alvedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce : lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar ; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas, pero no me aprovechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato : y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito, el qual respondió con no ménos, sino con mucha mas gallardía que el pasado : yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias : finalmente tanto me burlé con todas, que resultó

de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víme á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años: consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrémos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro: un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo, de la qual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los quales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Que delitos puede te-

ner, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dixo entónces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dixo el comisario, que él mesmo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la cárcel en docientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tórmes, y para todos quantos de aquel género se han escrito, ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verda-

des tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó Don Quixote. La vida de Gines de Pasamonte, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó Don Quixote. ¿Como puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le diéron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Magestad manda: si no por vida de....basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hiciéron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas, mas Don Quixote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tu-

viese algun tanto suelta la lengua, y volviéndose á todos los de la cadena, dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser, que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo qual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien, no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, al-

go que agradeceros, y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donayre con que ha salido á cabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dexemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco, respondió Don Quixote: y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedáron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusiéron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos, y arremetiéron á Don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hiciéron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fuéron huyendo, así de

la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó, que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la qual á campana herida saldria á buscar los delinqüentes, y así se lo dixo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dexarle en cueros, se le pusiéron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dixo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígolo, porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habeis recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la Señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su Caballero el de la Triste Figura, se le envia á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dixo: lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la

Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la Señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave Marías y Credos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo, ó reposando, en paz, ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso, como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad) viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzáron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien Don Quixote, que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que diéron con él en el suelo: y apénas hubo caido, quando fué sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tier-

ra, con que la hizo [3] pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar, si las grevas no lo estorbaran. Á Sancho le quitáron el gaban, y dexándole en pelota, repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fuéron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la Señora Dulcinea del Toboso. Solos quedáron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote, el jumento cabizbaxo y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad: Don Quixote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso Don Quixote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan mal parado Don Quixote, dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dixíste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera escusado este daño, créame ahora, y se escusará otro mayor, porque le

hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece, que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pensares, ó lo dixeres, y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce Tribus de Israel, y á los siete Mancebos, y á Cástor, y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia, y sepa que aunque záfio y villano, todavía se me alcanza algo desto, que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no, yo le ayudaré, y sígame que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos.

Subió Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entráron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscase: animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que lleváron y buscáron los galeotes. Aquella noche llegáron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos dias, aloménos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba, y así hiciéron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe, y el remedio presente venza á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia

Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese, se halló bien léxos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló ménos su rucio, el qual viéndose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia, mediaba yo mi despensa. Don Quixote que vió el llanto, y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio, para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á Don Quixote la merced que le hacia, el qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes, iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, sentado á la mugeriega[*] sobre su jumento, sacando de un costal, y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aven-

tura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caido en el suelo, por lo qual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y quando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease[5] á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dixo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho, y buscando mas, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido, este le pidió Don Quixote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote, dixo: paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole Malandrines, le debiéron de matar, y le truxéron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aquí este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, verémos si en este librillo de



Antonio Carnicero lo inv. y dibujo. J. Joaquin Fabregat lo gravo.



memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel: ¿pues quien ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aquí? dixo Don Quixote. Paréceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dixe sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y verás-lo quando lleves una carta escrita en verso de arriba aba-

xo á mi Señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexâs á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu, que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja Don Quixote, y dixo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

Tu falsa promesa y mi cierta desventura, me llevan á parte donde ántes volverán á tus oidos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desecbásteme ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendí que eras Ángel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que heciste [6], *y yo no tome venganza de lo que no deseo.*

Acabando de leer la carta dixo Don Quixote: ménos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que al-

gunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quexas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dexar rincon en toda ella ni en el coxin, que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebage, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que de-

lante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con estraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones, al parecer de terciopelo leonado; mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxin y de la maleta, y propuso en sí de buscalle aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del[7] asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones: y sírvale esto que digo de aviso, para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el ánima del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearémos esta serrezuela, quizá toparémos aquel hombre que vímos, el qual sin

duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió : harto mejor seria no buscarle , porque si le hallamos , y acaso fuese el dueño del dinero , claro está que lo tengo de restituir , y así fuera mejor , sin hacer esta inútil diligencia , poseerlo yo con buena fe , hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor , y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado , y entónces el Rey me hacia franco. Engáñaste en eso , Sancho , respondió Don Quixote , que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño , casi delante , estamos obligados á buscarle y volvérselos : y quando no le buscásemos , la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea , nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese : así que , Sancho amigo, no te dé pena el buscalle , por la que á mí se me quitará si le hallo : y así picó á Rocinante , y siguióle Sancho con su acostumbrado [8] jumento : y habiendo rodeado parte de la montaña , halláron en un arroyo caida , muerta y medio comida de perros , y picada de grajos , una mula ensillada y enfrenada , todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del coxin. Estándola mirando , oyéron un silvo como de pastor que guardaba ganado , y á deshora, á su siniestra mano pareciéron una buena cantidad de cabras , y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba , que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quixote , y rogóle que baxase donde estaban. Él respondió á gritos , que quien les habia traido por aquel lugar , pocas ó ningunas veces pisado , sino de pies de cabras ó de lobos , y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho , que baxase , que de to-

do le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba, dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un coxin y á una maletilla, que no léxos deste lugar hallámos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto, que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dixo Don Quixote ¿sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dixo el cabrero, es, que habrá al pie de seis meses, poco mas á ménos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo coxin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que qual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: diximosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entrais media legua mas adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hácia el lu-

gar donde le señalámos, dexándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vímos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó quanto pan y queso en ella traia, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supímos algunos cabreros le anduvímos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallámos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apénas le conocímos, sino que los vestidos, aunque rotos con la noticia que dellos teníamos, nos diéron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quien era, mas nunca lo pudímos acabar con él: pedímosle tambien que quando hubiese menester el sustento, sin el qual no podia pasar, nos dixese donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que aloménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie.

En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dixo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y qual le veíamos entónces, porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvímos quedos y suspensos, esperando en que habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocímos, que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia, diciendo: ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste [9], estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño, y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel

Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra, se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos xarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturámos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y quando está en su seso, lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos mios, de buscarle hasta tanto que le hallémos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curarémos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quien es quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallástes, es el mesmo que vístes pasar con tanta ligereza, como desnudez (que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el qual quedó admirado de lo que al cabrero ha-

bia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dexar rincon ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de léxos: su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vió Don Quixote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no ménos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quixote el de la *Triste*, despues de haberse dexado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no ménos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia, que era grandísima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la Sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas, y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morais

entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage y persona: y juro, añadió Don Quixote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las véras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacia sino mirarle y remirarle, y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacáron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron, con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le diéron, como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues ántes los engullia, que tragaba, y en tanto que comia ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hiciéron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba: en llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hiciéron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interrompereís el hilo de mi triste historia, porque

en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxéron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevencion que hago, es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuevo, y miéntras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demas, y él con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta mesma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme, tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia: á esta Luscinda amé, quise, y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que quando pasaran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa

que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas : creció la edad , y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas , y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo , porque aunque pusiéron silencio á las lenguas , no le pudiéron poner á las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado , que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos , y quantos villetes la escribi ! ¡ quan regaladas , y honestas respuestas tuve ! ¡quantas canciones compuse , y quantos enamorados versos , donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos , pintaba sus encendidos deseos , entretenia sus memorias , y recreaba su voluntad ! En efeto , viéndome apurado , y que mi alma se consumia con el deseo de verla , determiné poner por obra , y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio , y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa , como lo hice , á lo que él me respondió , que me agradecia la voluntad , que mostraba de honrarle , y de querer honrarme con prendas suyas ; pero que siendo mi padre vivo , á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda , porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo , no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento , pareciéndome que llevaba razon en lo que decia , y que mi padre vendria en ello como yo se lo di-

xese, y con este intento luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la qual ántes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un Grande de España, que tiene su Estado en lo mejor desta Andalucia. Tomé, y leí la carta, la qual venia tan encarecida, que á mí mesmo me pareció mal, si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces, añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díxele todo lo que pasaba, y lo mesmo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recebido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacerme merced, ha-

bian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso que como entre los amigos no hay cosa secreta, que no se comunique, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego: queria bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual destas cosas tuviese mas excelencia, ni mas se aventajase: estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxéron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo, y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando cómo astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa, que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia, y así por divertirme y engañarme, me dixo que no hallaba otro mejor remedio para

poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Duque, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos, que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto, quando, movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio, á pesar de los mas firmes pensamientos, y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por último fin el deleyte, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacáron sus deseos, y se resfriáron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora devéras procuraba irse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venímos

á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, ví yo luego á Luscinda, tornáron á vivir (aunque no habian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales dí cuenta por mi mal á Don Fernando por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas moviéron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela, por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas, las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna, que hallase un dia un villete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dixo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad, que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con quan justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer[10], y á rezelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática, aunque la truxese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la

fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mesmo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No hubo bien oido Don Quixote nombrar libro de caballerías, quando dixo: con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exâgeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí, que

ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores, y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometímos, de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías, y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese, ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre) y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la Reyna Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotras, y quien lo contrario entendiere miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pie, ó á caballo, armado, ó desarmado, de noche, ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera,

segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mesmo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho, asido con el cabrero: déxeme vuestra merced, señor Caballero de la Triste Figura, que en este que es villano como yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él ma-

no á mano, como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé, que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díxole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ó cuerdo, ó loco.

CAPÍTULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucediéron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento[12] de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los quales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced, que vaya con él por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete,

fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote, tú mueres, porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será: y comenzando á gozar de ese salvo conduto, digo ¿que que le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó que hacia al caso, que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. Á fe, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo sé que dixeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias saliéron: porque es muy gran blasfemia decir, ni pensar, que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat que el loco dixo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno

de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo, ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda: pues montas, que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes, porque fuera de haber sido fermosa ademas, fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué, y le fuéron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar, que ella era su manceba, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fuéron amancebados, ó no, á Dios habran dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas agenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: quanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen ¿que me va á mí? y muchos piesan, que hay tocinos, y no hay estacas ¿mas quien puede poner

puertas al campo? quanto mas que de Dios dixéron. Válame Dios, dixo Don Quixote, y que de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos, á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y dexa de hacello en lo que no te importa: y entiende con todos tus[13] cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, é hiciere, va muy puesto en razon, y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que quantos caballeros las profesáron en el mundo. Señor, respondió Sancho ¿y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando á un loco, el qual despues de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dexó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced, y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra: y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro: pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dixo Sancho. Sí, dixo Don Quixote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es

bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno: fué el solo, el primero, el único, el señor de todos quantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para Don Belianis, y para todos aquellos que dixeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimesmo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta mesma regla corre por todos los mas oficios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las Repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos, ni descubriéndolos como ellos fuéron, sino como habian de ser, para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debaxo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcanzar la perfecion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer pe-

nitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamentos, y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos [14], no hay para que se dexe pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto [15], dixo Sancho ¿que es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el bosquexo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal ficiéron, fuéron provocados, y tuviéron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced

¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desdeñado? ¿ó que señales ha hallado, que le den á entender que la Señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro, ó christiano? Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias, el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, que hiciera en mojado; quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre Señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexe tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi Señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fé se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia, y si fuere al contrario, seré loco devéras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que responda, saldré del conflito y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco; pero dime, Sancho ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo, quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar, que todo quanto me

dice de caballerías, y de alcanzar Reynos é Imperios, de dar Ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña, ó patraña, ó como lo llamarémos, porque quien oyere decir á vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias ¿que ha de pensar, sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mesmo que denántes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo ¿que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al reves? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele, pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompe-

lle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dexara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegáron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me habeis puesto: este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos[16] y profundos suspiros moverán á la contina las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. Ó vosotros, quien quiera que seais, rústicos Dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quexas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos, han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quexarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras Napeas, y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aun-

que en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego) que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó aloménos, no os canseis de oilla. Ó Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (así el cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle) que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. Ó solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia. Ó tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto, se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza: pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para que, que á él no le tocaban las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo, quando Dios queria: y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de

vuestra merced va devéras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé quando llegaré, ni quando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo, que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déxeme á mí el cargo, que yo diré á mi Señora, que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy devéras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por

otra, lo mesmo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico, ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdímos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdiéron en él las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oirle mentar, se me revuelve el alma, no que[17] el estómago: y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi Señora, y escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio*, segun he oido decir. No entiendo que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale dél, ni puede, lo qual será al reves en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi Señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho, y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo, y sacaré á vuestra merced deste pur-

gatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste Figura: ¿pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote, y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria, donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanas. ¿Pues que se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi Sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin exten-

derse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la Señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra, como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡Ó hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyéron, como si estuviéran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha

muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol y al ayre: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente, que la Señora Dulcinea debia de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado ¿que se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la Señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia, y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilon, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un dia dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra

merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota, como fulano, habiendo en esta casa tantos Maestros, tantos Presentados, y tantos Teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir, este quiero, aqueste no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú, que las Amariles, las Files, las Silvias, las Dianas, las Galateas [19], las Alidas, y otras tales, de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebráron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar subjeto [20] á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer, que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo, porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermo-

sa, ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada, y píntola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara, ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno; mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado, pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola, llamó á Sancho y le dixo, que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo qual respondió Sancho: escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela vuestra merced", que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote á Dulcinea del Toboso.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te

envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida, habré satisfecho á tu crueldad, y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mí, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma: *El Caballero de la Triste Figura.* Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dixo Don Quixote, y habiéndola escrito, se la leyó, que decia así:

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora Sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y están á cargo de vuestra merced: los quales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recebidos

de contado, que con esta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veinte y dos[22] *de Agosto deste presente año.*

Buena está, dixo Sancho, fírmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déxeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote, que no dirás tú tantas, quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, quanto mas, que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no, aparéjese la Señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á co-

ces, y á bofetones: porque ¿donde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco, sin que, ni para que por una?...no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase. Á fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo, que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dexando esto aparte ¿que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado, y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. Á esto dixo Sancho ¿sabe vuestra merced que temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo, segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas, que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te servirán de mojones y señales para que me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas, pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél: y subiendo sobre

Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quixote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, quando volvió, y dixo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decia yo? dixo Don Quixote, espérate Sancho, que en un Credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexarémos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y

allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que qual seria mejor, y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas[13], y hablando entre sí mesmo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valiéron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesválles; pero dexando en él lo de la valentía á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió, por las señales que halló en la fuente[14], y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro un Morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, así como él es, en su mismo trage, y que se está hoy como la madre que la parió: y haríale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia man-

dado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es ¿para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara destos arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas: y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea; mas los que se pudiéron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le halláron, no fuéron mas que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,

si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quexas santas.
Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea,
pues por pagaros escote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.
Es aquí el lugar adonde
el amador mas leal
de su Señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber como, ó por donde.
Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea:
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.
Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras.
Hirióle amor con su azote,
no con su blanda correa,
y en tocándole el cogote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que halláron los versos re-

feridos, el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imagináron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso*, no se podria entender la copla: y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudiéron sacar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del[15] Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraria, ó no, y estando en esto, saliéron de la venta dos personas, que luego le conociéron, y dixo el uno al otro: dígame, señor Licenciado ¿aquel del caballo, no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dixo el Licenciado, y aquel es el ca-

ballo de nuestro Don Quixote : y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hiciéron el escrutinio y acto[26] general de los libros : los quales así como acabáron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fuéron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole : amigo Sancho Panza ¿adonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba : y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginarémos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo, en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo : mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor : y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la Señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedáron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo : pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la Señora Dulcinea del Toboso. Él dixo que iba escrita en un libro

de memoria, y que era órden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase, á lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedírsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura, y el Barbero, le dixéron, que qué le habia sucedido, que tan mal se paraba. Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un estante [27] tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro, ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y díxole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria, jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, por-

que él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiesen. Decilda Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dirá, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo: *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa:* y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura.* No poco gustáron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho, y le pidiéron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates, tras esto contó asimesmo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar: dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la Señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser Empe-

rador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande Estado de tierra firme, sin Ínsulos, ni Ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiráron de nuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisiéron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades: y así le dixéron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia, ó por lo ménos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querria yo saber ahora, que suelen dar los Arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra

del A. B. C. ¿que será de mí, si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente, que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir, que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entráron y le dexáron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fué, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adon-

de Don Quixote estaba , fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa , y le pediria un don , el qual él no podria dexársele de otorgar como valeroso caballero andante , y que el don que le pensaba pedir , era que se viniese con ella , donde ella le llevase , á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho , y que le suplicaba ansimesmo , que no la mandase quitar su antifaz , ni la demandase cosa de su facienda , fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero , y que creyese sin duda , que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término , y que desta manera le sacarian de allí , y le llevarian á su Lugar , donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De como saliéron con su intencion el Cura y el Barbero , con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien , que luego la pusiéron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas , dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey , donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera , que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote , y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayéron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo , y el amo del manteado escudero , y contáron al Cura todo lo que con él

les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debiéron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan christiano negocio como era el que habian emprendido; mas apénas hubo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en

en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese licion, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguiéron su camino, guiándolos Sancho Panza, el qual les fué contando lo que les aconteció con el loco que halláron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegáron al lugar donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dexado á su señor, y en reconociéndole, les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho ántes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dixese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo

que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él, que luego se pusiese en camino para ir á ser Emperador, ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenia para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los Emperadores que los Arzobispos andantes: tambien les dixo, que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su Señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determináron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegáron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hiciéron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiráron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades, y mas

quando advirtiéron, que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyéron estos:

¿Quien menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quien aumenta mis duelos?
Los zelos.
¿Y quien prueba mi paciencia?
Ausencia.
De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quien me causa este dolor?
Amor.
¿Y quien mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quien mejorará mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor ¿quien le alcanza?
Mudanza.
Y sus males ¿quien los cura?
Locura.

De ese modo no es cordura
querer curar la pasion,
quando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los quales se estuviéron quedos, esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determináron de salir á buscar el músico, que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo á sus oidos, cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas.
Desde allá quando quieres nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.
Dexa el cielo, ó amistad, ó no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volviéron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y

en lastimeros ayes, acordáron de saber quien era el triste, tan extremado en la voz, como doloroso en los gemidos, y no anduviéron mucho, quando al volver de una punta de una peña, viéron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegáron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dexase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto, y mas quando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el Cura le dixo, así lo diéron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, quan sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte, pero como no saben que sé yo, que en saliendo des-

te daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aun lo que peor seria, por de ningun juicio, y no seria maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á quantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa no se maravillarán de los efetos, y si no me dieren remedio, aloménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, ahorraréis del trabajo que tomáreis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogáron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio, ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mesmas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero pocos dias atras, quando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de

Don Quixote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte, que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: y así llegando al paso del villete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

Cada dia descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime, y así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin executarme en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decis y como yo creo.

Por este villete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este villete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Díxele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquier otro linage de España; sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacia conmigo. En

resolucion le dixe, que no me aventuraba á decírselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quales eran, sino que me parecia, que lo que yo desease jamas habia de tener efeto. Á todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Ó Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facinoroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero ¿que deservicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿Que ofensa te hice? ¿que palabras te dixe, ó que consejos te dí, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de que me quexo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¡Quien pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando, que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caba-

llos, que de industria y solo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traicion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixe lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto, se le llenáron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora: exâgeraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas

manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baxa reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dexó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al Lugar donde era enviado: dí las cartas al hermano de Don Fernando: fuí bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia, que le enviase cierto dinero sin su sabiduría: y todo fué invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Órden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los quatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme, es-

tando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, ántes de leerla, quien se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino: díxome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois christiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito, que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apénas podia sostenerme. En efeto abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

La palabra que Don Fernando os dió, de hablar

á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mas[18] *en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja, que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas véras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo: y si os quiero bien, ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios plega, que esta llegue á vuestras manos, ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.*

Estas en suma fuéron las razones que la carta contenia, y las que me hiciéron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entónces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangeada, me pusiéron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi Lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quien hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable[19] de una

muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las quales podia yo ver sin ser visto, todo quanto en la sala se hacia. ¡Quien pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon

mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurriéron! ¡las consideraciones que hice! que fuéron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfecion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspension y arrobamiento, para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras, y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Ó memoria enemiga mortal de mi descanso, de que sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y respresentes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, aloménos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. Á esto le respondió el Cura, que no

solo no se cansaban en oirle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la Perroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada, me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Ó quien se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, *sí*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Que quieres? ¿que pretendes? Considera, que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y léxos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quexarme: en fin, pues fuí entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pensé que sacaba la daga para acreditar-

se, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño, que en mi provecho redundase, oigo que dixo con voz desmayada y flaca: *sí quiero:* y lo mesmo dixo Don Fernando, y dándole el anillo, quedáron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, qual quedé yo viendo en el *sí* que habia oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó, de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el ayre, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de léerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto, ó no, con determinacion que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado,

ordenó, que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian: y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dexado la mula: hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y quando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quexarme, sin respeto, ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios, la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condecender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recebirle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la

voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles Don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hiciéron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí

á unos cabreros que sin duda debiéron ser los que mi necesidad remediáron, porque ellos me dixéron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces, que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apénas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan, poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del Lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda, y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino

rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor, ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos, que los que en mí habeis visto? y no os canseis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Médico al enfermo que recebir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los porvenir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyéron que decia lo que se dirá en la quarta[30] parte desta narracion, que en este punto dió fin á la tercera el sabio, y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.

Felicísimos y venturosos fuéron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos, que la misma historia: la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyéron y percibiéron el Cura y los que con él estaban, y por parecerles, como

ello era, que allí junto las decian, se levantáron á buscar el dueño, y no hubiéron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco viéron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudiéron ver por entónces: y ellos llegáron con tanto silencio, que dél no fuéron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hiciéron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el qual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia, acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debaxo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuviéron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la ca-

beza á una y á otra parte, se comenzáron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conociéron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubriéron las espaldas, mas toda en torno la escondiéron debaxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo qual, en mas admiracion y en mas deseo de saber quien era ponia á los tres que la miraban. Por esto determináron de mostrarse, y al movimiento que hiciéron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apénas los hubo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo qual visto por los tres, saliéron á ella, y el Cura fué el primero que le dixo: deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis, solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vues-



Joseph Castillo la inv. y dibuxo.   J. Joaquin Fabregat la gravo.


Biblioteca Nazionale V. E. III
NAPOLI

tros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegáron pues á ella, y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo: lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, aloménos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dixo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, seria mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el qual

me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo, que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí, que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara, comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un Lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su Estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes en linage; pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuviéran mas que de-

sear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuviéron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia: ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, christianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra, ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regaláron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceyte, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayorales, ó capataces, y á otros jornaleros los entretenia en exer-

cicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo estos exercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me viéron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miráron en ello, temiéron que le venia aquel accidente [31] de locura que habian oido decir, que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar

y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia, diciendo: y no me hubiéron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo diéron bien á entender sus demonstraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa: dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle: las noches no dexaban dormir á nadie las músicas: los villetes, que sin saber como á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo qual, no solo no me ablandaba; pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé que de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexaban

y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dexase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro Lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léxos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debiéron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó aloménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva, ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos,

y me enmudeció la lengua: y así no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor, que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencé no sé en que modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dixe: sí como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera, ó dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella, ó decilla, como es posible dexar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy; pero no tu esclava, ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efecto[32] tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañar-

me, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que ¿Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dixese luego, porque si algo le habia dexado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir qualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se

pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando Don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas, le dixe que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho, le dixe, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fuéron parte para que él dexase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe á mí mesma: sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza; pues si no hago, ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille en término le veo

que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere quan sin ella he venido á este punto: porque ¿que razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzáron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos Santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzáron. Digo esto porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque

no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino, me dixo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto[33] él se fué, y yo quedé ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba, si era bien, ó mal el que me habia sucedido. Díxele al partir á Don Fernando, que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo[34], puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fuéron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen, que de que andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropelláron respectos[35] y se acabáron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y saliéron á plaza mis se-

cretos pensamientos : y esto fué, porque de allí á pocos dias se dixo en el Lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento : díxose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucediéron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento diciendo : llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él despues que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dixo, hasta el cabo del mundo : luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en

camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, aloménos á decir á Don Fernando, me dixese con que alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir: díxome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díxome, que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho, para que le diese el ayre, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad, y que si habia dado el *sí* á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daba á entender, que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se habia quitado la vida: todo lo qual dicen que confirmó una daga que le halláron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido, y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le halláron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se halláron presentes

no se lo estorbaran. Dixéron mas, que luego se ausentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo qual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dexándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas habláron quando supiéron que Luscinda habia faltado de casa de sus[36] padres y de la ciudad, pues no la halláron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser, que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era christiano, y que estaba mas obligado á su alma, que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber que hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo trage que traia, y oí de-

cir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo subjeto[37] tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entrámos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados, pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería, ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dexó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas, ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dexé, ni sé si muerto, ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando con este deseo. Ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me lle-

vó por su criado á un Lugar que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente dexalle y [38] asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ó mis [39] disculpas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden, que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia, en que se habia puesto [40].

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchástes, las palabras que oístes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi des-

gracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debeis hacer) que me aconsejeis donde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresalto, que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor, que mis padres me tienen, me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad, que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintiéron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: en fin, señora ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, quando oyó el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dixo: ¿y quien sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traido á que me veais qual me veis, roto, desnu-

do, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrámbos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado, ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y

de christiano, de no desampararos hasta véros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrámbos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió, que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradeciéron, y acetáron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimesmo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contóla á los demas, mas no supo decir por que causa fué su[4] quistion. En esto oyéron voces, y conociéron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llama-

ba á voces : saliéronle al encuentro , y preguntándole por Don Quixote , les dixo como le habia hallado desnudo en camisa , flaco , amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su Señora Dulcinea : y que puesto que le habia dicho , que ella le mandaba que saliese de aquel lugar , y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando , habia respondido , que estaba determinado de no parecer ante su fermosura , fasta que hobiese fecho fazañas , que le ficiesen digno de su gracia , y que si aquello pasaba adelante , corria peligro no venir á ser Emperador como estaba obligado , ni aun Arzobispo , que era lo ménos que podia ser : por eso , que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió , que no tuviese pena , que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote , aloménos para llevarle á su casa: á lo qual dixo Dorotea , que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero , y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural , y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento , porque ella habia leido muchos libros de caballerías , y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas , quando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas , dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra , que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio , pues tan sin pensarlo á vosotros , señores , se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio , y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica , y una man-

tellina de otra vistosa tela verde, y de una caxita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donayre y hermosura, y confirmáron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco, le dixese quien era aquella tan fermosa señora, y que era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran Reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ó agravio que un mal gigante le tiene fecho, y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido á buscarle esta Princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dixo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que si matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno; pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra

merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien, que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamándose su Reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del Lugar donde naciéron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Úbeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Así debe de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender, que habia de venir á ser Emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixéron á Sancho que los guiase adonde Don Quixote estaba, al qual advirtiéron que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque

de venir á ser Emperador su amo, puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisiéron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quixote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dexáron ir delante, y ellos los fuéron siguiendo á pie poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dixo, que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres quartos de legua habrian andado, quando descubriéron á Don Quixote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quixote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levanta-

ré, señor, respondió la afligida doncella, si primero, por la vuestra cortesía, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño, ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dixo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella, dixo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande Estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que



Antonio Carnicero lo invento y delineo

Joaquin Ballester lo grabo


Biblioteca Nazionale V. E. III
NAPOLI

en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió, ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho, que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el qual viéndose armado, dixo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subiéron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy apique de ser Emperador, porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella Princesa, y ser por lo ménos Rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díxose á sí mismo: que se me da á mí que mis vasallos sean negros ¿habrá mas que

cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun Título, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ó amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tixeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herrerulo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mesmo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazáron, con facilidad saliéron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no concedian que anduviesen tanto los de á caballo, como los de á pie. En efeto ellos se pusiéron en el llano á la salida de la sierra, y así como salió della Don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos

y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriote[42] Don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote, el qual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse, mas el Cura no lo consintió, por lo qual Don Quixote decia: déxeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningun modo, dixo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno Sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra, ó alfana, en que cavalgaba aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quixote, y yo sé, que mi señora la Princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi

escudero, que él es tan cortes, y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el Barbero, y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula que en efeto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los quartos traseros, y dió dos coces en el ayre, que á darlas en el pecho de maese Nicolas, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eso le sobresaltáron demanera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayéron en el suelo, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quexarse, que le habian derribado las muelas. Don Quixote como vió todo aquel mazo de barbas sin quixadas y sin sangre, léxos del rostro del escudero caido, dixo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El Cura que vió el peligro, que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas adonde yacia maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian, y quando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de ántes, de que se admiró Don Quixote sobre manera, y rogó al Cura que quando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas

se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dixo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse, que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura, y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere, y ántes que ella respondiese, dixo el Licenciado: hácia que Reyno quiere guiar la vuestra señoría ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de Reynos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dixo: sí señor, hácia ese Reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegáron á mis oidos, así como puse los pies en España, y ellas me moviéron á buscarle para encomen-

darme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dixo á esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora[43] tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida: y así dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro Barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos saliéron al encuentro quatro salteadores, y nos quitáron hasta las barbas, y de modo nos las quitáron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusiéron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos salteáron son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: qui-

so defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto á la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacia, ó decia Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fuéron los que nos robáron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo[44].

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dixe ántes, y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazon Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca, ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias, solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus

penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hiciéron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donayre, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado, le dixo: señor caballero, miémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un vigote. Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal ¿qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y qua-

les son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfadan oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió Don Quixote: á lo que respondió Dorotea: pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusiéron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero, que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman....y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dixo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi pa-

dre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el Arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, Señor de una grande Ínsula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese vizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira) digo que supo que este gigante en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi Reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia escusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi Reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el Reyno, si queria escusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endia-

blada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este Reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea: dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote dixo á su escudero: ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dexó profetizado. ¿Pues para que quiere vuestra merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apénas me hube desembarcado en Osuna, quando oí decir tantas hazañas suyas, que

luego me dió el alma, que era el mesmo que venia á buscar. ¿Pues como se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced, fué en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y Señora de todo mi Reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona. ¿Que te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dixe yo? mira si tenemos ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta

que es mala la Reyna, así se me vuelvan las pulgas de la cama: y diciendo esto, dió dos zapatetas en el ayre con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna y Señora. ¿Quien no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran Señor en su Reyno, quando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dexase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegáron en una gran borrasca que tuvímos á vista del puerto: y él y yo salímos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitará á mí, ó alta y valerosa señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en servíros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero de-

cir buena, espada, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro Estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella....y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz, dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues como ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi Señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el Condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese Reyno que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo Rey, hágame Marques, ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyó decir contra su Señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho, y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le qui-

tara allí la vida. ¿Pensais, le dixo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea, ¿y no sabeis vos, gañan, faquin[45], belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina ¿y quien pensais que ha ganado este Reyno, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. Ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser Señor de Título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo. No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el Reyno suyo, y no siéndolo ¿que mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quexo, cásese vuestra merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi Señora Dulcinea, que Reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entre-

meto, que en verdad, si va á decirla, que entrámbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la Señora Dulcinea. ¿Como que no la has visto, traidor blasfemo? dixo Don Quixote ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente...y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas, y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un Estado donde vivais como un Príncipe. Fué Sancho cabizbaxo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dixo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse

los dos algo adelante, y díxole Don Quixote: despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Porque lo dices, Sancho? dixo Don Quixote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fuéron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi Señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, viéron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca, les pareció que era Gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, quando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del Gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en trage de Gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle

Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido quando á grandes voces le dixo: ha ladron Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueran menester tantas palabras, ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alexó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dixo ¿como has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegáron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dixo, que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las Provincias, ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento, que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dixe, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar

en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, demanera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿donde, como, y quando hallaste á Dulcinea? ¿que hacia? ¿que le dixiste? ¿que te respondió? ¿que rostro hizo quando leia mi carta? ¿quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer quando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyó, demanera que se la dixe á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto, ni leido

tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como vi que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasáron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste ¿y que hacia aquella Reyna de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo ¿el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: quando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díxome:

poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester ¿que coloquios pasó contigo? ¿que te preguntó de mí? y tú ¿que le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvage, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta Señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí mas de un coto. Pues como, Sancho, dixo Don Quixote ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegámos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma; pero no me negarás Sancho una cosa, quando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho, ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es que

sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser, que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió Don Quixote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció que salia de su merced de la Señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quixote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino ¿que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo que no sabia leer, ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el Lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo, que dixese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: rióse mucho quando le dixe como se llamaba vuestra merced *El Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el Vizcaino de márras, díxome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes, mas díxome que no habia visto has-

ta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixote; pero dime ¿que joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi Señora Dulcinea por las bardas de un corral quando della me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas: por lo qual me doy á entender, que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no seria buen caballero andante, digo, que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses, que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, ó en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á

cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y quando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos, ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer, que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así seria, dixo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y como si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja: pero dexando esto aparte ¿que te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi Señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi Señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar aprie-

sa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su Estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra: á la qual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay! dixo Sancho ¡y como está vuestra merced lastimado de esos cascos! pues dígame, señor ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dexar pisar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un Reyno, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas, que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer Lugar que haya Cura, y si no ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale páxaro en mano, que buytre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, ántes de entrar en la

batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del Reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere: y en dándomela ¿á quien quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi Señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir ántes con la Princesa, que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho ¿como hace vuestra merced, que todos los que vence por su brazo, se vayan á presentar ante mi Señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia ¿como se pueden encubrir los pensamientos de entrámbos? ¡Ó que necio y que simple que eres! dixo Don Quixote ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que

la sirvan sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote ¡y que de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia, que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fontecilla[47] que allí estaba. Detúvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia quando la halláron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dexaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficiéron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el qual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ay señor mio ¿no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.

Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dixo: porque vean vuestras mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres, que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian mas de ladron que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fuéron oidas, no fuéron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano, de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser

del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. ¿Como al reves? replicó Don Quixote ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedámos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolome desollado: y á cada azote que me daba me decia un donayre y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una, ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debia; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dixo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que tiene, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y

que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, que era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su Reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis, que yo le torno á jurar, y á prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener[49] agora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: deme si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dixo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues que parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta, ó no, porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andan-

tes estámos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abaxó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad, que al partirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra, ni ayude, sino déxeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar Don Quixote para castigalle, mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote.

Acabóse la buena comida, ensilláron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegáron otro dia á la venta, espanto, y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija, y Maritórnes, que viéron venir á Don Quixote, y á Sancho, les saliéron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díxoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada, á lo qual le res-

pondió la huéspeda, que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se la daria de Príncipes. Don Quixote dixo que sí haria, y así le aderezáron una razonable en el mismo caramanchon[50] de márras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, quando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dixo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dixese á Don Quixote, que quando le despojáron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su Reyno, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volviéron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quixote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Tratáron so-

bre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritórnes y todos los pasageros, de la extraña locura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibiéron: y como el Cura dixese, que los libros de caballerías que Don Quixote habia leido, le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos, ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á otros muchos: porque quando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: aloménos de mí sé decir, que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas, ni ménos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad, dixo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo

esto es cosa de mieles. Y á vos ¿que os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo, pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros, tigres, y leones, y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncell.s saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdova con la vida de Diego García de

Parédes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dixo: falta nos hacen aquí ahora el Ama de mi amigo, y su Sobrina. No hacen, respondió el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son hereges, ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero, mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego García, que ántes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdova, el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Parédes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Truxillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable exército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimesmo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquíles y Roldanes.

Tomáos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Ircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los fraylecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo exército, donde llevó mas de un millon y seicientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues que me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso ahorcajádas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ámbas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio, sino dexarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar: y quando llegáron allá abaxo, se halló en unos Palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla: y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dixo tantas de cosas que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dixo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó, ni mas, ni ménos que lo escriben, y no le harán creer

otra cosa frayles descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusiéron para el efeto que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fuéron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates aconteciéron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios, que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos, y así como se consiente en las Repúblicas bien concertadas, que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito agora[51], y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para al-

gunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no coxeeis del pie que coxea vuestro huésped Don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. À la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras: y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el Cura para sí tres, ó quatro renglones, y dixo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. À lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la

he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé, que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy christiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir quando fuera razon. Pues desa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria, dixo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia, de todos los que los

conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad, y de unas mismas costumbres, todo lo qual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia, dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en execucion, y el que llevó la embaxada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la freqüencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados

de la misma manera que quando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede, ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese, y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con quantas véras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedáron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el cielo habia concedido muger hermo-

sa, tanto cuidado habia de tener que amigos llevaba á su casa, como en mirar con que amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se concierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos, que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor, que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla, que haga, ó dexe de hacer algunas cosas, que el hacellas, ó no, le seria de honra, ó de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido, fácilmente pondria remedio en todo ¿pero donde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia.

Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo á Lotario las semejantes razones:

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fuéron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mesmo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que habia de parar tan larga prevencion, ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion que deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siem-

pre muy léxos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dixo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar, si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probándola demanera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas, y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿que hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella

sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el sabio dice, que quien la hallará. Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y muéveme entre otras cosas á fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte: así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fuéron las razones que Anselmo dixo á Lotario, á todas las quales estuvo tan atento, que si no fuéron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado: y viendo que no decia mas, des-

pues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de véras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé, que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dixo un poeta: *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad ¿quanto mejor es que lo sienta el christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y quando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo ¿qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto, ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está

que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, á los quales no se les puede dar á entender el error de su secta[52] con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demonstrativos, indubitables, con demonstraciones matemáticas que no se pueden negar, como quando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales:* y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion: y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado[53] el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me

dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime Anselmo ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente ¿que buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda ¿que mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó que será mas despues de lo que es ahora? ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices ¿para que quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados, ni compelidos, y que de muy léxos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrámbos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometiéron los Santos, acometiendo á vivir vida de Ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna:

y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de el deseo de volver por su fe, por su nacion y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora, y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro quando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,

Que de sí se avergüenza quando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reynáldos: que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados: quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza, á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama ¿y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdia todo? sí por cierto, dexando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre,

pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene, y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quexar de ti mesmo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes ¿para que quieres poner esta verdad en duda? mira, amigo, que la muger es animal imperfecto[54], y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que quando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues oxeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por

sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos: y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque: hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasée, ni manosée, basta que desde léxos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro padre de una doncella, que la recogiese, guardase, y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidrio[55] *la muger;*
pero no se ha de probar,
si se puede, ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por

lo que á ti te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca á ti como á cosa suya su mesma deshonra: y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y baxo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho.

Quando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraiso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra madre Eva, y así como Adan despertó y la miró, dixo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: por esta dexará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entónces fué instituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas, sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos[56] que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño, porque así como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana, é impertinente curiosidad quieres revolver los

humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar, es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dexaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y ansimesmo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse quanto mas para comerse: así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando

yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle, para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito, é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaria quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedáron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese ver-

sos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. Á todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volviéron á casa de Anselmo, donde halláron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la qual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabáron de comer, levantáron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario, que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora, y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañia, mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dixo tambien á Camila que no dexase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto él supo tan bien fingir la necesidad, ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo y quedáron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de caballeros armados: mirad si era razon

que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego saliéron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de

su artificio. Sucedió pues, que se pasáron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia, que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que decirse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuen-

ta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira: y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó que nuevas habia, y de que temple estaba Camila. Lotario le respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de ti confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir, y si esto es así, como sin duda lo es ¿para que me engañas, ó porque quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho, para dexar corrido, y confuso á Lotario, el qual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, qual lo veria si con curiosidad lo espiaba: quanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y ménos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léxos de la ciudad: con el qual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal ad-

vertido de ti, Anselmo ¿que es lo que haces? ¿que es lo que trazas? ¿que es lo que ordenas? mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento, te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear ¿para que quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? mira, que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamas espero algun bien,
con el cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuvie-

se cuidado de tratalle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la órden que su marido le dexaba, y díxole que advirtiese, que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa: y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecelle. Camila dixo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la truxo consigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila: y aun tenia órden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lo-

tario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hiciéron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que[57] un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respectos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal christiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto[58] la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, diéron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila, con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó

suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en mas á Camila, la qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hacerse: y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un villete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el exército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra, porque la que me dexástes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo

ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano demanera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay co-

sa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto[59] él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió ¿pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudiéron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar, y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida, ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco,

las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas como son dádivas, ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio que el Cielo te dió en suerte, para que en él pasases la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déxate estar, hasta que te vengan á pedir la deuda que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó, que no dexase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces: y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su hones-

tidad se le debia : y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten : dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el subjeto[60] merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedáron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fué, que le dixese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díxole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrámbos: y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario, dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clo-

ri, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice así:

SONETO.

En el silencio de la noche quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo, quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dixo Camila ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto poetas, no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acredi-

tar los pensamientos de Lotario con Camila , tan descuidada del artificio de Anselmo , como ya enamorada de Lotario : y así con el gusto que de sus cosas tenia , y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban , y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto , ó otros versos sabia , los dixese. Sí sé , respondió Lotario ; pero no creo que es tan bueno como el primero , ó por mejor decir , ménos malo , y podréislo bien juzgar , pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero , y si no soy creido,
Es mas cierto el morir , como es mas cierto
Verme á tus pies , ó bella ingrata , muerto,
Ántes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria , y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega , el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte , ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo , como habia hecho el primero , y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra , pues quando mas Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba mas honrado : y con esto todos los escalones que Camila baxaba hácia el centro de

su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras, sola Camila con su doncella le dixo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en[61] efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en ménos. No corre por ti esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda, con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia, y á otros abrasa, á unos hiere, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así ¿de que te espantas, ó de que temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta[62] la obra, porque el amor no tiene otro mejor

ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima: y que no solo tiene las quatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: si no, escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico*, y las *SS* que dicen, y luego *tácito, verdadero:* la *X* no le quadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la Z *zelador* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mancebo bien nacido de la mesma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüen-

za y mucha desenvoltura, le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria, mas cumpliólo demanera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila: que aunque vió una y muchas veces, que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas quando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia

entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro, que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuéron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dixo: sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra: sábete, que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme, y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrámbos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que

allí le solia hablar Camila) y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos, ó tres dias, como otras veces sueles, y haz demanera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere: y si fuere la maldad, que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion, podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogiéron en tiempo donde ménos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Mal-

decia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díxole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal dis-

curso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando, quando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo á Lotario, que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto ella le dixese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese, ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la diéron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por

sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entráron en la recámara, y apénas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: ¡ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que ántes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que viéron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion, pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela ¿y que es lo que quieres hacer con esta daga? quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta

mano ha querido dar á este desuella caras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer ¿que hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Que, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en que paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dixo: ¿porque no vas, Leonela, á llamar al mas leal[63] amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya

voy á llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: válame Dios ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entráron: pague el traidor con la vida, lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño

que allí le señalé, debió de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para que hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera pues traidores, aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo: y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados, y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido, era bastante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de[64] algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun lle-

gar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes, y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léxos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. Á ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amis-

tad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor, por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes, que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime ¿quando, ó traidor, respondí á tus ruegos con alguna palabra, ó señal, que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿quando tus amorosas palabras no fuéron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿quando tus muchas promesas y mayores dádivas fuéron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien

con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te dí para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa, pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvaynada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y fealdad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, aloménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y ató-

nitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pedíale asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió, que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó,

como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria, ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dexar de ver: á lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila ¿que tengo de saber? que no me atreveré á forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos y quizá que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan hon-

rados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas déxalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan extraños y eficaces afectos[65] la representáron los personages della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuviéron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo, y quan injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa, y así entre otras razones le dixo, que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto, no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en ala-

banza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la Novela del Curioso Impertinente[66].

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del caramanchon[67] donde reposaba Don Quixote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Que dices hermano? dixo el Cura, dexando de leer lo que de la novela quedaba ¿estais en vos, Sancho? ¿como diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyéron un gran ruido

en el aposento y que Don Quixote decia á voces: tente ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo á esta sazon el ventero, si Don Quixote, ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y halláron á Don Quixote en el mas extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque, y en la derecha desenvaynada la espada, con la qual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que

ya habia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó Don Quixote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea que vió quan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dixo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me diéron muchos moxicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Que sangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dixo el ventero ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en



el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juzgaba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa[61] señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dixe yo? dixo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿Quien no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hiciéron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo diéron con Don Quixote en la cama, el qual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dexáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuviéron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la

ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á quantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su Reyno, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la

cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien, y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogáron la acabase: él que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el[69] que tenia Leonela de verse qualificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que

vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle : y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dixese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, déxame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar : y está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dexó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella mesma noche, quando le pa-

reció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monesterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el monesterio, y él ansimesmo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dexado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal, que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixéron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado con-

sigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia que pensar, que decir, ni que hacer, y poco á poco se iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, acabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apénas hubo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros: y allí se estuvo hasta que casi anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó, que nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé, que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad

de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dexáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció[70] que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dexar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Ad-

miróse y congoxóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para que::::

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni ménos hacer profesion de Monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdova en el Reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuviéron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fin-

gido , fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio , que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama , pudiérase llevar , pero entre marido y muger, algo tiene del imposible : y en lo que toca al modo de contarle , no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucediéron.

Estando en esto , el ventero que estaba á la puerta de la venta , dixo : esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes, si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero , vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas , y todos con antifaces negros , y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon , ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca , respondió el ventero , que ya llegan. Oyendo esto Dorotea , se cubrió el rostro , y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote , y casi no habian tenido lugar para esto, quando entráron en la venta todos los que el ventero habia dicho : y apeándose los quatro de á caballo , que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apear á la muger que en el sillon venia : y tomándola uno dellos en sus brazos , la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo , ni ella , ni ellos se habian quitado los antifaces , ni hablado palabra alguna : solo que al sen-

tarse la muger en la silla, dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie lleváron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el qual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quien es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogáron y persuadiéron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido, que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de vo-

luntad el mongío va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la qual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella, y le dixó: ¿que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dixo el mozo que los demas obedecian, y dixo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dixe, dixo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡válgame Dios! ¿que es esto que oigo? ¿que voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y fuése á entrar en el aposento, lo qual visto por el caballero, la detuvo sin dexarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura

incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacia, pusiéron gran lástima en Dorotea y en quantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efeto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimesmo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apénas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dexó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea quando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedáron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea á Don Fer-

nando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera: dexadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais, dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el Cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante: y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era, y viendo que Don Fernando aun no la dexaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó, y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quie-

ras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo; pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar, que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo demanera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio: y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan christiano, como caballero ¿porque por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heciste[72] en los principios? y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdade-

ra y legítima esposa, quiéreme aloménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho: y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviéndo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañáron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con

muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura, y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian: el qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibiéron quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiva[73], aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don

Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea, que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dexaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia ¿que es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazon acu-

diéron los amigos de Don Fernando, y el Cura, y el Barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del Cielo se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba: y que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla, que pocas, ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las quales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, é iguala á sí mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no

intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadiéron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera: y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abaxarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del Cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contentá Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo[74] rogaré al Cielo, que me los dexe vivir con mi Dorotea: y diciendo esto, la tornó á abrazar, y á juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hiciéron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzáron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no pare-

cia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él, sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reyna Micomicona de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio, y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dixese como habia venido á aquel lugar tan léxos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que ántes habia contado á Cardenio: de lo qual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras: y así como hubo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monesterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino

al lugar donde estaba, á la qual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dexó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monesterio buscando á Luscinda, la qual halláron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un Lugar donde se acomodáron de aquello que hubiéron menester para traella: todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna: y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian, é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que po-

seia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su Reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves zas le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llé-

velo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvímos, te dixe yo, que todo quanto aquí sucedia, eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quixote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su Señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiráron y riéron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado [75]. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen

suceso de la señora Dorotea impidia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria[76] la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léxos de aquí el Lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas[77] de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuviéron callando hasta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la

mia, habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá quando ménos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazon el ventero, al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna manera, y Don Quixote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada Señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la qual como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondió: quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dexado de ser la que ántes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me

engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo ¿no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusiéron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la Señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó aloménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y

si no al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá quando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora Princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podrémos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia donde todos acompañarémos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinon que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasáron entre Don Quixote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el qual en su trage mostraba ser Christiano recien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traia unos borceguies datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bo-

netillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los pies le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dixéron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia Mora la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodeáron á la Mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrámbas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imagináron que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su

tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Captivo[79], os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Dorotea ¿esta señora es Christiana, ó Mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es baptizada[80]? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Captivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quien fuese la Mora y el Captivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar jun-

to á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dixo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conociéron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajáron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos, y atraer las voluntades, luego se rindiéron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Captivo como se llamaba la Mora, el qual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre: *no, no Zorayda: María, María*, dando á entender, que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hiciéron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucháron, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: sí, sí, María, María: á lo qual respondió la Mora: *sí, sí, María: Zorayda macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni quadrada en la venta,

y diéron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el qual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentáron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras, el Cura y el Barbero: y así cenáron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes, é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quien podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventáron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto: quítenseme delante los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si

en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un exército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuviéron los hombres, fuéron las que diéron los Ángeles la noche que fué nuestro dia, quando cantáron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y*

paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que quando entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa:* y otras muchas veces les dixo : *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano , joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser, y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les

falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta, aloménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el qual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.

Prosiguiendo Don Quixote, dixo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga que viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez

tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su exercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello ¿quan ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se

puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las Repúblicas, se conservan los Reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente si por ellas no fuese, las Repúblicas, los Reynos, las Monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no

tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando quando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, quantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al baxel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atre-

vimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que careciéron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la qual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como, ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo, pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusiéron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver

que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El Cura le dixo que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda, á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos, todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda, pues para que en-

tendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó aloménos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado, es hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real,* como si mas claramente dixera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de Rey que merced de Señor*. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto, y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese,

despues de haberle dicho, que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabámos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fuéron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mesmo dia nos despedímos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedáron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin, que nos despedímos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las

veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos, ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hórnos, alcancé á ser Alférez de un famoso Capitan de Guadalaxara llamado Diego de Urbina, y acabo de algun tiempo que llegué á Flándes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, que estaba debaxo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por General desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo qual me incitó y conmovió el ánimo y

el deseo de verme en la jornada que se esperaba, y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á Capitan, lo quise dexar todo y venirme, como me vine á Italia: y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho Capitan de Infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la christiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuviéron los christianos que allí muriéron, que los que vivos y vencedores quedáron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchâli Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la Capitana de Malta, que solos tres caballeros quedáron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrella, en la qual yo iba con mi Compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis ene-

migos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindiéron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir, que el Uchâli se salvó con toda su esquadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fuéron quince mil christianos los que aquel dia alcanzáron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los Leventes[*] y Genízaros que en ella venian, tuviéron por cierto, que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el Cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la christiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchâli se recogió á Modon, que es una Isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso co-

sario Barba Roxa. Tomóla la Capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido Capitan Don Álvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz: y no quiero dexar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo viéron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltáron todos á un tiempo los remos, y asiéron de su Capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le diéron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvímos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel Reyno á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reynar en él tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y quatro, acometió á la Goleta y al Fuerte que junto á Túnez habia dexado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; aloménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre.

Perdióse en fin la Goleta, perdióse el Fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de Moros y Alárabes de toda la África, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hiciéron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua y los Turcos no la halláron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantáron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la Fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar, ni asistir á la defensa. Fué comun opinion, que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léxos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el Fuerte apénas habia siete mil soldados ¿como podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y como es posible dexar de perderse Fuerza que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó espon-

ja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos V. como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el Fuerte, pero fuéronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian peleáron tan valerosa y fuertemente, que pasáron de veinte y cinco mil enemigos los que matáron en veinte y dos asaltos generales que les diéron. Ninguno cautiváron sano de trecientos que quedáron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño Fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautiváron á Don Pedro Puertocarrero General de la Goleta, el qual hizo quanto fué posible por defender su Fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautiváron ansímesmo al General del Fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Muriéron en estas dos Fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad, que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á manos de unos Alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el Fuerte, que se ofreciéron de llevarle en hábito de Moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó ca-

sa, que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se exercitan en la pesquería del coral, los quales Alárabes le cortáron la cabeza y se la truxéron al General de la armada turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece: y así se dice, que mandó el General ahorcar á los que le truxéron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los Christianos que en el Fuerte se perdiéron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de que Lugar del Andalucía, el qual habia sido Alférez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le truxo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al Fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonriéron[11], y quando llegó á decir de los sonetos, dixo el uno: ántes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga que se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute con un Griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don

Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro Lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place respondió el caballero, y el de la Goleta decia así.

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y esentas por el bien que obrástes,
Desde la baxa tierra os levantástes
Á lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitástes,
Que en propia y sangre agena colorástes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria,
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa mesma manera le sé yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subiéron vivas á mejor morada.
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Diéron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes,
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No pareciéron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le diéron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el Fuerte, los Turcos diéron órden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo la mináron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchâli, al qual llamaban *Uchâli Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca: *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los Turcos ponerse nombres de alguna falta

que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decienden de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y quatro de su edad, renegó de despecho de que un Turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dexó su Fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartiéron como él lo dexó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete[*] de una nave, le cautivó el Uchâli, y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon, ni ventu-

ra: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautivos christianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hacẽ y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los del rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caba-

lleros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamas vistas, ni oidas crueldades que mi amo usaba con los Christianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el Género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un Moro rico y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros, que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas Christianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della pues-

to un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó, alzáron la caña, y la moviéron á los dos lados, como si dixeran, *no* con la cabeza. Volvióse el Christiano, y tornáronla á baxar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debaxo de la caña, la dexáron caer, y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el qual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro baxo que usan los Moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendímos, ó imaginámos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hecimos[15] zalemas á uso de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacáron por la mes-

ma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volviéron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna Christiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debia de ser Christiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasáron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna Christiana renegada, jamas hubo quien nos dixese otra cosa, sino que allí vivia un Moro principal y rico, llamado Agimorato, Alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hecímos[16] la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dexáron caer. Desaté el nudo, y hallé quarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz.

Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hecímos[17] todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerráron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un Renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse á tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á Christianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de Christianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de Christianos, y que por eso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas,

donde le acreditábamos quanto era posible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dixe que me leyese aquel papel que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díxome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dixo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Vírgen María.* Leímos el papel, y decia así:

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostró la Zala christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Márien. La Christiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, y me dixo que me fuese á tierra de Christianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya: muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien

lo das á leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué demanera, que el Renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dixésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de un mesmo parecer consentímos y venímos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mos-

trámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordámos ansimesmo que seria bien responder al villete de la Mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fuéron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me aconteciéron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondió fué esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marían, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon, que te vayas á tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos Christianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos hasta morir. No déxes de escribirme y avisarme lo que pensáres hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un Christiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, que si fueres á tierra de Christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen Christiano, y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Alá y Marían su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que

estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dexáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas dobláron nuestro contento y confirmáron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dixo, que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo Moro que á nosotros nos habia dicho que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el qual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los Virreyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una Christiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entrámos luego en consejo con el Renegado, en que órden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de Christianos, y en fin se acordó por entónces, que esperásemos al aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedámos en esto, dixo el Renegado, que no tuviésemos pena, que él per-

deria la vida, ó nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así decia:

Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vámos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de Christianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te paseés por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decia y contenia el segundo papel, lo qual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo qual se opu-

so el Renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros Christianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al Christiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas, que si la Mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para irse á tierra de Christianos; pero que él facilitaria

este inconveniente, con hacer que un Moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la Mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer Juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria quanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto que no lo echaria ménos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer ba-

xel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que así lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la Cautiva le habia enseñado. Hecho esto, diéron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar deste temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrímos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasáron quince dias quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas

de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage á un Lugar que se llamaba "Sargel, que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos, ó tres veces hizo este viage en compañía del Tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería á los Moros de Aragon, y á los de Granada *Mudéxares:* y en el Reyno de Fez llaman á los Mudéxares, *Elches*, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponia el Renegado con los Morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de véras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dixo, y decille, que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de Christianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro ni Turco, sino es que su marido, ó su padre se lo manden: de Christianos cautivos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquêllo que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia, el qual viendo quan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo quando y como, y adonde queria, y que el Tagarino su com-

pañero, no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos Christianos que bogasen el remo, me dixo que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros Christianos, no les dixesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de Christianos podia volver: y así determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constanti-

nopla se habla entre cautivos y Moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguage me preguntó que que buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Mamí, y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate, ó no, y que quanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas, y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya habia mucho que me habia visto, y como las Moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los Christianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego quando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcaxes (que así se llaman las manillas, ó axorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las Moras, es adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay

mas perlas y aljófar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo qual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar qual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe, que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para diminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó baxen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó aloménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó ¿si era caballero, y que era la causa que no me rescataba? Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos[19] zoltamis: á lo qual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros Christianos, siempre mentis en quanto decis, y os haceis pobres por engañar á los Moros.

Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas hay en el mundo. ¿Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixe, porque está aquí un baxel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dexará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á ti mucho. Desto se rió[90] muy de véras su padre, y dixo: guala, Christiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un Moro corriendo, y dixo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado quatro Tur-

cos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los Moros á los Turcos tienen, especialmente á los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que á ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dixo su padre á Zorayda: hija, retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú, Christiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los Turcos, dexándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, quando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dixo: *¿amexí*, Christiano, *amexí?* que quiere decir: ¿vaste, Christiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primero[91] Juma me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna irémos á tierra de Christianos. Yo le dixe esto demanera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrámbos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los Turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas

á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que que tenia; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enxutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: *amexí*, Christiano, *amexí:* vete, Christiano, vete. Á lo que su padre respondió: no importa, hija, que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los Turcos á mi ruego se volviéron por donde entráron. Ellos, señor, la sobresaltáron como has dicho, dixe yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada, que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto, porque tú, ni ninguno de los Christianos la enojaban, sino que por decir que los Turcos se fuesen, dixo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrámbos, y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y sali-

das, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de quanto habia pasado al Renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el órden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvímos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, el Renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los Christianos que habian de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el baxel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los Moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos viéron se viniéron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvímos juntos, dudámos si seria mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los Moros vagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciéndonos, que en que nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus Moros

estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dixímosle en lo que reparábamos, y él dixo, que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al baxel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dixo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, ó casi ningunas tenian, se dexáron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hiciéron, amenazando á los Moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guia, fuímos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zorayda aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baxa, si éramos *Nizarani*, como si dixera, ó preguntara, si éramos Christianos. Yo le respondí que sí, y que baxase. Quando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra baxó en un ins-

tante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el Renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hiciéron lo que viéron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lengua morisca ¿si estaba su padre en el jardin? Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella: á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no háy otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis: y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al Renegado lo que con ella habia pasado, el qual me lo contó, á quien yo dixe, que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese: la qual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran Christianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo, Christianos, Christianos, ladrones, ladrones, por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero

el Renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fuéron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subiéron se diéron tan buena maña, que en un momento baxáron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusímos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, quando ya estábamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el Renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quexarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas Moros que atados estaban, le dixo al Renegado, que me dixese le hiciese merced de soltar á aquellos Moros,

y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondí, que era muy contento, pero él respondió, que no convenia, á causa que si allí los dexaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, demanera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de Christianos. En este parecer venímos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dexárnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del Lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta[92] millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos baxel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nues-

tro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuímos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á quarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dixéron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de comer á los Moros vagarinos, y el Renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó Christianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusístes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el in-

terese que se os puede seguir de dármela, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quesiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzáron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañámos en él. Pero quando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto hija, que ayer á la nochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á su hija, nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: no te canses, señor,

en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas: y así quiero que sepas, que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice hija? dixo el Moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Que en efeto, replicó el viejo, tú eres Christiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo qual respondió Zorayda: la que es Christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dexarte, ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y que bien es el que te has hecho hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apénas hubo oido esto el Moro, quando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así acudímos luego todos, y asiéndole de la almalafa le sacámos medio ahogado, y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó

cabo, que de los Moros es llamado *el de la Cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala muger Christiana*, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar está enterrada la Çava, por quien se perdió España, porque *Cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *Rumia*, *Christiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusímos nuestras centinelas en tierra, y no dexámos jamas los remos de la mano: comímos de lo que el Renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese, para que felicemente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas Moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del Cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los Moros, y uno á uno los pusímos en tierra, de lo que ellos se quedáron admirados, pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo ¿porque pensais, Christianos, que esta

mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad, que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro Christiano de entrámbos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha ¿adonde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese y acabase: y quando por habérnos hecho á la vela no podímos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podímos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida, si tú le dexas. Todo lo qual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza.

Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y así consolando yo á Zorayda, atendímos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el proprio viento, de tal manera que bien tuvímos por cierto de vérnos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado, ó seguido de algun mal que le turbe, ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el Moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimesmo hiciéron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del baxel á preguntárnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntárnos esto en lengua francesa dixo nuestro Renegado: ninguno responda, porque estos sin du-

da son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltáron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ámbas venian con cadenas, porque con una cortáron nuestro árbol por medio, y diéron, con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amaynáron entónces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entráron en él hasta doce Franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegáron junto al nuestro, y viendo quan pocos éramos, y como el baxel se hundia, nos recogiéron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los Franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisiéron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojáron de todo quanto teníamos, y á Zorayda le quitáron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaba; pero los deseos de

aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la qual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino[95] pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela de donde habia salido, y así tomáron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hiciéron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista[96] todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echáron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el Capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entrámos en el baxel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hiciéron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prie-

sa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche seria, quando llegámos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestímos en la arena, salímos todos á tierra y besámos el suelo, y con lágrimas de muy[97] alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacámos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subímos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas

de pastores; pero aunque mas tendímos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrímos. Con todo esto determinámos de entrárnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un quarto de legua debíamos de haber andado, quando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supímos, los primeros que á la vista se le ofreciéron fuéron el Renegado, y Zorayda, y como él los vió en hábito de Moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros hay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabíamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el Renegado se desnudase las ropas de Turco y se vistiese un gilecuelco[11], ó casaca

de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuímos por el mismo camino, que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la Caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrímos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvímos quedos aguardándolos, pero como ellos llegáron, y viéron en lugar de los Moros que buscaban, tanto pobre Christiano, quedáron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado[99] al arma. Sí, dixe yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quien éramos, uno de los Christianos, que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apénas hubo dicho esto el Christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya

sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo, que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendiéron que éramos Christianos cautivos, se apeáron de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevárnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volviéron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dexado, otros nos subiéron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del Christiano. Saliónos á recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver Cautivos libres, ni Moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de Christianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo, aloménos que yo la hubiese visto. Fuímos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recebida, y así como en ella entró Zorayda, dixo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Diximosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que

tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos lleváron y repartiéron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el Christiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regaláron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvímos en Vélez, al cabo de los quales el Renegado hecha su informacion de quanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas Christianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció: solos quedámos Zorayda y yo, con solos los escudos que la cortesía del Frances le dió á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el Cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya Christiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas

halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que decíros de mi historia, la qual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadáros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el Cautivo, á quien Don Fernando dixo: por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara: y en diciendo esto, Don Antonio[100] y todos los demas se le ofreciéron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria demanera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus libera-

les ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidiéron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dixo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspeda, y dixo: señor lo que en ello hay, es que no tengo camas, si es que su merced del señor Oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldrémos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostráron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte, que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dixo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y mani-

festarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hiciéron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta diéron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas Señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traia, se acomodáron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados, que con él venian como se llamaba, y si sabia de que tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel Oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de México: supo tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, que modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recebia[101] con buenas entrañas. Déxeseme á mí el hacer esa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos, dármele á conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedémos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y

todos se sentáron á la mesa, eceto el Cautivo y las Señoras, que cenáron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura: del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la qual camarada, era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infantería española; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y como se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestre de Campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobráron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura,

y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. A todo lo qual estaba tan atento el Oidor , que ninguna vez habia sido tan Oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de quando los Franceses despojáron á los Christianos que en la barca venian , y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado : de los quales no habia sabido en que habian parado , ni si habian llegado á España , ó llevádolos los Franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia estaba escuchando algo de allí desviado el Capitan , y notaba todos los movimientos que su hermano hacia : el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento , dando un grande suspiro , y llenándose los ojos de agua , dixo ¡ó señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado , y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas , que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis , es mi mayor hermano , el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo , ni otro hermano menor mio , escogió el honroso y digno exercicio de la guerra , que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso , segun os dixo vuestra camarada , en la conseja que á vuestro parecer le oístes. Yo seguí el de las letras , en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú , tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí , ha satisfecho bien la parte que él se llevó , y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural : y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis

estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones, ó prósperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos Franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡Ó Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa,

y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se viniéron Luscinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrámbos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora que tanto bien le hizo: los Franceses que os dixe, los pusiéron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubiéron de acompañar en ellas. Las palabras que entrámbos hermanos se dixéron, los sentimientos que mostráron, apénas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se diéron cuenta de sus sucesos, allí mostráron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la Christiana hermosa y la Mora hermosísima renováron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertáron, que el Capitan y Zorayda se volviesen con su hermano á

Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodádose como ménos mal pudiéron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento

alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde léjos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que quantas vió Palinuro.
Yo no sé adonde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
quando mas verla procuro.

¡Ó clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que dexase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz, que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apénas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dixo ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertástes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos, para no ver, ni oir á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dixo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿que es lo que decis de

alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrámbos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea: la qual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansí aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,

No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, que era lo que le queria decir denántes. Entónces Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dixo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del Reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte: y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dexé estar sin dalle otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dexarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él su-

po, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el dia que nos partímos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un Lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegámos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran[103] estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero demanera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver, que no es mozo de mulas como decis, sino Señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dixo á

esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar demanera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara ¿que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dexase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quan como niña hablaba Doña Clara, á quien dixo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las quales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determináron las dos de hacelle alguna burla, ó aloménos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ven-

tana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusiéron las dos semidoncellas, y viéron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimesmo oyéron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi Señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que hay en el mundo ¿y que fará agora la tu merced? ¿si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras, quizá con envidia de la suya, la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á mi muerte y que premio á mis servicios. Y tú sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi Señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de ti, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por

donde corriste entónces, zeloso y enamorado. Á este punto llegaba entónces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella fermosa, hija de la Señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dixo: lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la viéron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los ca-

bellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dixo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quixote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se baxó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dixo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis, que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo verémos, dixo Maritórnes, y haciendo una

lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote, ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dexáron asido demanera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante, bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las Damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, quando en aquel mesmo castillo le molió aquel Moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no

tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fuéron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exâgerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado: y hacíale creer esto, ver que Rocinante poco, ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, quando llegáron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamáron

á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dixo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos á fuera, y esperad que aclare el dia, y entónces verémos si será justo, ó no, que os abran. ¿Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta Provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los com-

pañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornáron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos quantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto, quando se desviáron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto fuéron tantas las voces que Don Quixote



Joseph Brunete lo inv. y dibujó. Pedro Pasqual Moles lo grabó.



dió, que abriendo depresto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hiciéron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro, que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntáron, que tenia que tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: qualquiera que dixere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla. Admirados se quedáron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien, que uno de nosotros rodea-

se toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su Reyno, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dixo: por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que

vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió, diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo Don Luis, que yo venia este camino y en este trage? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estámos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornarémos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el Cielo lo[104] ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer, ó que ha de ordenar el Cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y á los demas que ya vestido se habian, á los quales dixo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena

voz que el Cielo le habia dado, viniéron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fuéron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia[105] en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hiciéron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto, volviese á consolar á su padre. Él respondió, que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quixote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian ¿que

que les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dixo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y quando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dixo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entónces el Oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dixo ¿que niñerías son estas, señor Don Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le viniéron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el qual dixo á los quatro, que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyéron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia

mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzáron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no viéron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo qual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. Pecadora de mí, dixo á esto Maritórnes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas: y sin decir

mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó, y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian, que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil: pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera, y su hija, que se desesperában de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor, y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexámos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido. Á lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el Cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo vie-

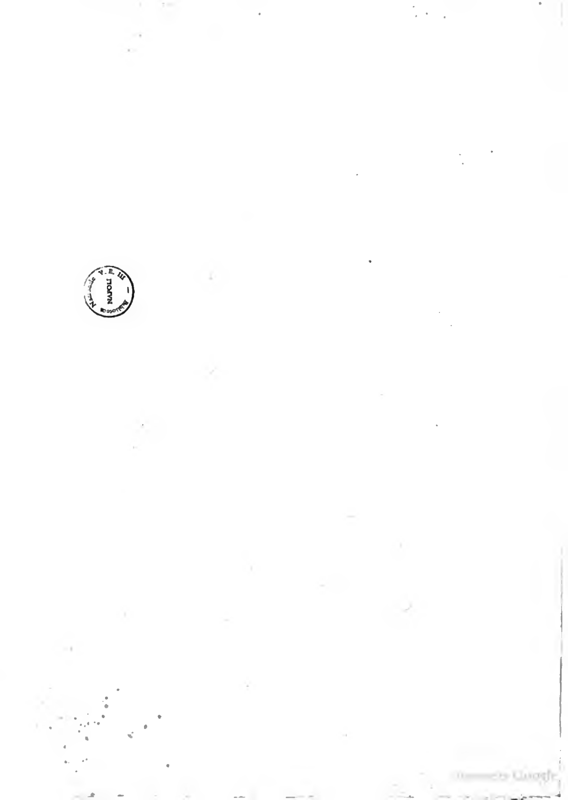
se á mi señora Doña Clara hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde léxos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero. Si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luis,

del qual sabia que pretendia hacer de Título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: á Don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robástes. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudiéron al ruido y pendencia, y decia: aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese por

parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dexará mentir, si no pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitáron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dixo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en lo del albarda, no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albar-



Josef del Castillo lo inventó y dibuxó.



da. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora[106] no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Que les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote., quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos[107] riesen, y dixo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio,

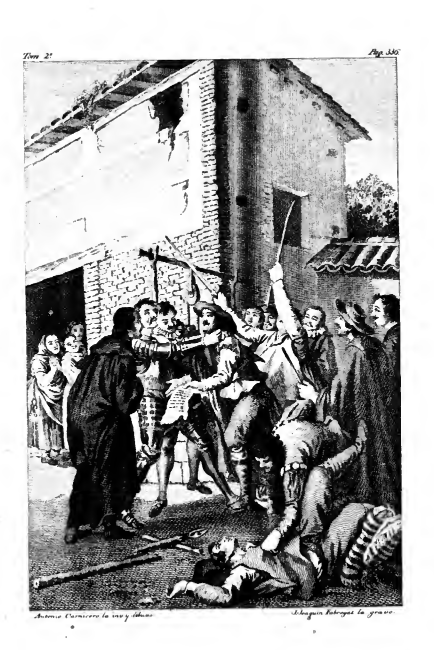
y tengo mas ha de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas, ni ménos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léxos de serlo, como está léxos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dixo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas, y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco, ó nada atendia á aquellos donayres. ¡Válame Dios! dixo á esta sazon el barbero burlado ¿que es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una Universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda, ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballe-

ría todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un Moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora[108] en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si esa es albarda, ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo,

especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis, ni mas ni ménos, y á otros tres pasageros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido, para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes::: y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazon dixo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió

San Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí estan, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia: porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es, ó no es albarda como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y quistion lleno de cólera y de enfado, dixo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dixere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero, se le dexara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros que viéron tratar mal á su compañero, alzáron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodeáron á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese. El barbero viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo San-

cho. Don Quixote puso mano á su espada, y arremetió á los quadrilleros, Don Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él, y acorriesen á Don Quixote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quixote. El Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero, Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre, el Oidor le defendia. Don Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dixo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envaynen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se paráron, y él prosiguió diciendo ¿no os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? en confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo,



Antonio Carnicero lo inv. y dibuxo *J. Joaquin Fabregat lo gravo.*

y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pónganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los quadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quixote, y se veian mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estuviéron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba, que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volviéron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fué acordado, que Don Fernando dixese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion

de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determináron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se sosegáron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiráron de la pendencia, por parecerles que de qualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delinqüentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro

de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apénas se hubo certificado, quando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad quanto el quadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quixote, el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y cruxiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al quadrillero con entrámbas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida ántes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le lleváron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al Cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al quadrillero, y á Don Quixote, y con gusto de entrámbos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servi-

cio del Rey y de la Santa Hermandad , de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quixote , y con mucho sosiego dixo : venid acá , gente soez y mal nacida ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados , soltar los presos , acorrer á los miserables, alzar los caidos , remediar los menesterosos? ¡Á gente infame , digna por vuestro baxo y vil entendimiento , que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante , ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra , quanto mas la asistencia de qualquier caballero andante! Venid acá , ladrones en quadrilla , que no quadrilleros , salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad , decidme ¿quien fué el ignorante , que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los caballeros andantes , y que su ley es su espada, sus fueros sus brios , sus premáticas su voluntad? ¿quien fué el mentecato, vuelvo á decir , que no sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias , ni esenciones , como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballería ? ¿Que caballero andante pagó pecho , alcabala, chapin de la Reyna , moneda forera , portazgo , ni barca? ¿que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿que Castellano le acogió en su castillo , que le hiciese pagar el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó , y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caba-

llero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

En tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen, y llevasen, luego le habian de dexar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote, y así tuviéron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediáron la causa, y fuéron árbitros della, de tal modo que ámbas partes quedáron, si no del todo contentas, aloménos en algo satisfechas, porque se trocáron las albardas, y no las cinchas y xáquimas: y en lo

que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentáron de quanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedáron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don

Quixote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha eloqüencia del señor Cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose pues Don Quixote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie, y le dixo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleyto dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿quien sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruille, y dándole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo, ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura,

que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dixo mas Don Quixote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero, á quien es anexo y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos: y quiera el Cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus Señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. Á la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse, que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla Sancho á Rocinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidámonos del Castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dixo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Que mal puede haber en

ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dexaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo qual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura, mas era de dama cortesana que de Reyna de tan gran Reyno, y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dexóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estémos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡Ó válame Dios, y quan grande que fué el enojo, que recibió Don Quixote, oyendo las des-

compuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dixo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto, é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente ¿tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las Reales personas, vete, no parezcas delante de mí, sopena de mi ira: y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio á nadie: y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho

hubiese visto por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo á esta sazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad, é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es, y así será, dixo Don Fernando, por lo qual debe vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quixote respondió, que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dexado besar, le echó la bendicion, diciendo: agora[109] acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió Don Quixote, que si así fuera, yo te vengara entónces, y aun agora, pero ni entónces, ni agora, pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Deseáron saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se riéron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser

verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta: y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, diéron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote á su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenáron fué, que se concertáron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hiciéron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote, y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis, y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura se cubriéron los rostros y se disfrazáron, quien de una manera, y quien de otra, de modo que á Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entráron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente, le atáron muy bien las manos y los pies de modo, que quando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visages: y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se

creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear, ni defender: todo á punto como habia pensado que sucederia el Cura, trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mesmo juicio, y en su mesma figura: el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca, hasta ver en que paraba aquel asalto y prision de su amo, el qual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula le encerráron dentro, y le claváron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia: *ó Caballero de la Triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la qual se acabará, quando el furibundo leon manchego, con la blanca paloma tobosina, yoguieren*[110] *en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso. Y tú, ó el mas noble y obediente escudero, que tuvo espada en cinta,*

barbas en rostro, y olfato en las narices, no te desmaye, ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mesmos á la flor de la caballería andante: que presto, si al Plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor: y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrámbos: y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé: y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuviéron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quixote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha: y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dixo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene á cargo, que no me dexe perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres, é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo

de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso: y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte, porque quando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Ínsula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrámbas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrámbas. Luego tomáron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodáron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Quando Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido, ni visto, ni oido, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los ayres con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en

confusion; pero quizá la caballería, y los encantos destos nuestros tiempos, deben de seguir otro camino, que siguiéron los antiguos: y tambien podria ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Que te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar, que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas mi padre! respondió Don Quixote ¿como han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consisten en mas de en la apariencia! Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: por que segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas: y la razon es, que co-

mo ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena: y si á ti te parece, que ese demonio, que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasáron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determináron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenáron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los quadrilleros, que lo acompañasen hasta su Lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho, que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos quadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quixote dixo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envi-

diosos de su virtud y valentía á muchos Príncipes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado, por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiéndas, jamas le di á nadie: y rogad á Dios me saque destas prisiones donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habédes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el Cura y el Barbero se despidiéron de Don Fernando y sus camaradas, y del Capitan y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazáron, y quedáron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al Cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quixote, asegurándole, que no habria cosa que mas gusto le diese, que saberlo: y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornáron á abrazarse otra vez, y otra vez tornáron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en

un aforro de la maleta donde se halló la novela del curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna novela, y coligió, que pues la del curioso impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor: y así la guardó con prosupuesto de leerla quando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote, y pusiéronse á caminar tras el carro, y la órden que llevaban, era esta: iba primero el carro, guiándole su dueño, á los dos lados iban los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra: y así con aquel espacio y silencio camináron hasta dos leguas, que llegáron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes: y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero, que caminasen un poco, porque él sabia detras de un recuesto que cerca de allí se mostra-

ba, habia un valle de mas yerba, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero y así tornáron á proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro y vió que á sus espaldas venian hasta seis, ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los quales fuéron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de Canónigos, y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegáron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que venian, que en resolucion era Canónigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á Don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaba llevar aquel hombre de aquella manera: aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador, ó otro delinqüente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los quadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quixote la plática, y dixo: por dicha ¿vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y sino, no hay para que me canse en decirlas: y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fue-

se descubierto su artificio. El Canónigo, á lo que Don Quixote dixo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando: así que, si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. Á la mano de Dios, replicó Don Quixote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepádes, que yo voy encantado en esta jaula, por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de quantos Magos crió Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de exemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quixote de la Mancha, dixo á esta sazon el Cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *El Caballero de la Triste Figura,* si ya le oístes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en

la mesma admiracion cayéron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dixo: ahora, señores, quiéranme bien, ó quiéranme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quixote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así ¿como quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: á señor Cura, señor Cura ¿pensaba''' vuestra merced, que no le conozco? ¿y pensará que yo no calo y adivino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza hay liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su Reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy estan por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y debian esperar ver entrar á su

padre por sus puertas hecho Gobernador, ó Visorrey de alguna Ínsula, ó Reyno, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer á su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quixote dexa de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dixo á este punto el Barbero ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñástes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la Ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuese, y aunque pobre, soy christiano viejo, y no debo nada á nadie, y si Ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, quanto mas Gobernador de una Ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procu-

raban encubrir: y por este mesmo temor habia el Cura dicho al Canónigo, que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el disignio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quixote y en acabándola de oir, dixo: verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno, del principio al cabo, porque me parece, que qual mas, qual ménos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro: y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion, cae debaxo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleytar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleytan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros, sea el deleytar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleyte, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y

concordancia que ve, ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿que hermosura puede haber, ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? Y que ¿quando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho, que hay de la parte de los enemigos un millon de compitientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender, que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿que dirémos de la facilidad con que una Reyna, ó Emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante, y no conocido caballero? ¿Que ingenio, si no es del todo bárbaro, é inculto, podrá contentarse leyendo, que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas, ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles,

allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas: y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, demanera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una chîmera, ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república christiana, como á gente inútil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia: y así le dixo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos: y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dixo, que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, des-

cribiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un Capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y eloqüente orador persuadiendo, ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero christiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarron: acá un Príncipe cortes, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Éctor, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alexandro, el valor de César, la clemencia, y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfeto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfecion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar, y deleytar juntamente, como ya

tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes, que encierran en sí las dulcísimas, y agradables ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como vuestra merced dice, señor Canónigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse, y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos Príncipes de la poesía griega y latina. Yo aloménos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios,

no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros; pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas, como las de historia, todas, ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies, ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene, y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza, y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino pàra quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon, ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dixe á uno destos pertinaces: decidme ¿no os acordais que ha pocos años, que se representáron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos Reynos, las quales fuéron tales, que admirá-

ron, alegráron y suspendiéron á todos quantos las oyéron, así simples, como prudentes, así del vulgo, como de los escogidos, y diéron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el actor, que digo, que debe de decir vuestra merced por *La Isabela*, *La Fílis*, y *La Alexandra?* Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexáron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le dexé algo confuso, pero no satisfecho, ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dixo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías: porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que agora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, é imágines de lascivia: porque ¿que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la se-

gunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? ¿Que diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de quatro jornadas, la quarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia ¿como es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el Emperador Eraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas, y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? y es lo malo, que hay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues que si venimos á las comedias divinas? ¡Que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apócrifas, y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman,

para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles, porque los extrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros, é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos: y no seria bastante disculpa desto decir, que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se re-

presentan: y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas, é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta, que exâminase todas las comedias ántes que se representasen: no solo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la qual aprobacion, sello y firma, ninguna Justicia en su Lugar dexase representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la Corte, y con seguridad podrian representar-

las, y aquellos que las componen, mirarian con mas cuidado, y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que exâminase los libros de caballerías, que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloqüencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo, y el Cura, quando adelantándose el Barbero llegó á ellos, y dixo al Cura: aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el Cura, y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia, y así por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos

de allí estaba, y truxesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo qual uno de sus criados respondió, que el acémila del respuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante, para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dixo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo, sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dixo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro Lugar y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese, que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quixote, que yo te satisfaré, y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices, que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos, pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices,

debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme ¿que quieres que diga, ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á quantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy Turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision, y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi Señora Dulcinea quando ménos piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya

te he dicho, que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa debaxo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quixote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores, ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores, ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

Ha, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor ¿podria negar lo que comunmente suele de-

cirse por ahí, quando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: demanera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer conseqüencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dexase estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste: y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y si no nos

sucediese bien , tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la qual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced , si acaso fuere vuestra merced tan desdichado , ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices , Sancho hermano , replicó Don Quixote , y quando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad , yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú , Sancho , verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuviéron el caballero andante , y el mal andante escudero , hasta que llegáron donde ya apeados los aguardaban el Cura , el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero , y dexólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio , cuya frescura convidaba á quererla gozar , no á las personas tan encantadas como Don Quixote , sino á los tan advertidos y discretos como su escudero : el qual rogó al Cura , que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dexaban salir , no iria tan limpia aquella prision , como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el Cura , y dixo , que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo , dixo el Canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió Don Quixote , que todo lo estaba escuchando , quanto mas que el que está encantado como yo , no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere,

porque el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos: y si hubiere huido, le hará volver en volándas, y que pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle, les protestaba que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra, le desenjauláron, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué, estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dixo: aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos, tú con tu señor acuéstas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y diciendo esto Don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondia, mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías: y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del Canónigo, le dixo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan léjos de ser verdaderas, como lo está la mesma

mentira de la verdad? Y ¿como es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender, que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Félix Marte de Ircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantos[113] y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero quando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca, ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ó lleva algun leon, ó algun tigre de Lugar en Lugar para ganar

con él, dexando que le vean. Ea, señor Don Quixote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el Cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra: y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas, y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego Garcia de Parédes Extremadura, un Garci Perez de Várgas Xerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quixote mio, de la qual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido trae vuestra merced su principio y orígen. Atentísimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canónigo, y quando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dixo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mun-

do, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la República, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante, que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros, de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo á esta sazon el Canónigo. Á lo qual respondió Don Quixote: añadió tambien vuestra merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio, y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Así es, dixo el Canónigo. Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio, y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dice que da á los libros, quando los lee, y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros, de que estan colmadas las historias, será querer persuadir, que el sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque ¿que ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la Infanta Floripes, y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Car-

lo Magno? que, voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de dia: y si es mentira, tambien lo debe de ser, que no hubo Héctor, ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Ártus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su Reyno por momentos: y tambien se atreverán á decir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la Reyna Iséo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino, que tuvo la gran Bretaña: y es esto tan así, que me acuerdo yo, que me decia una mi agüela de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó por lo ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quien podrá negar, no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesválles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere, que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de

Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrámbas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama: y las aventuras y desafíos, que tambien acabáron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de san Polo. Niéguenme asimesmo que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fuéron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de Mosen Luis de Fálses contra Don Gonzalo de Guzman, caballero Castellano, con otras muchas hazañas, hechas por caballeros christianos, destos y de los Reynos extrangeros tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quixote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes Españoles: y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer, que hiciéron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es, que fuéron caballeros escogidos por los Reyes de Francia, á quien llamáron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en

valentía : aloménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone, que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos : y como ahora dicen caballero de San Juan, ó de Alcántara, decian en aquel tiempo : caballero de los doce Pares, porque fuéron doce iguales los que para esta religion militar se escogiéron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio ; pero de que hiciéron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del Conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo haberla visto, mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan : ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuviéron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitiéron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados, é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de qualquier estado y condicion que sean ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hiciéron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no dígame ¿hay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces, y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: *tú caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así*

no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yacen: ¿y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios, y á su Señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente, y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, demanera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las

puertas de jacintos: finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar, ó castillo, y hacerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos ménos, dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Que el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿Que el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Que verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba de alargar la mano? ¿Qual será oir la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? ¿y despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mon-

dándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á qualquiera que la leyere: y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor

hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dixo: trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese Condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle: y quando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los Estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia ha de entender el Señor del Estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé, que tan presto tuviese yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi Estado, como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaria contento, y en estando uno contento, no tiene mas que desear, y no teniendo mas

que desear, acabóse, y el Estado venga, y á Dios y veámonos, como dixo un ciego á otro. No[114] son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Á lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el exemplo que me dá el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigo de los concertados[115] disparates que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el Condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra, y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentáron, y comiéron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo, á deshora oyéron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mesmo instante viéron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente,



Antonio Carnicero lo inbentó y dibuxó. Joachin Ballester lo grabó en Madrid 1780.

como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dixo: ha cerrera, cerrera, manchada, manchada ¿y como andais vos estos dias de pie coxo? ¿que lobos os espantan, hija? ¿no me diréis que es esto, hermosa? Mas que puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, aloménos estaréis mas segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia, y descaminada ¿en que podrán parar ellas? Contento diéron las palabras del cabrero á los que las oyéron, especialmente al Canónigo, que le dixo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo, y agradeciólo el cabrero, bebió, y sosegóse, y luego dixo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rústico soy; pero no tanto que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo sé de experiencia, que los montes crian letrados, y las caba-

ñas de los pastores encierran filósofos. Aloménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad, que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. Á esto respondió Don Quixote: por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quixote, que el escudero de caballero andante ha de comer quando se le ofreciere, hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote, vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la darémos todos á las nuestras, dixo el Canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El

cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro, daba á entender, que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el qual comenzó su historia desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donayre y virtud, que el que la conocia, y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el Cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas ¿que digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes, y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á

verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija moviéron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen, mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban: y entre los muchos, que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien diéron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender, y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica, que en miseria me tiene puesto) advirtiendo, que pues los dos éramos iguales, era bien dexar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra, solo sé, que el padre nos entretuvo á entrámbos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaba tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los

nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa [117] hijo de un pobre labrador del mismo Lugar, el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro Lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de cristal, y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados, é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte [118] plumages: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debaxo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el Orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas Moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Parédes, y otros mil que nombraba, y de todos

habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales, y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, demanera que decian algunos, que la hacia hablar; pero no paráron aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra, desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegáron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél ántes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertáron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dexado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentá-

dose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuviéron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la Justicia, los quadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y quanto habia, y al cabo de tres dias halláron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio, que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dexase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien, como el soldado, sin quitarle su honor, le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo, pero ella lo afirmó con tantas véras, que fuéron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dexado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamas se cobre. El mesmo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encer-

rar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirviéron de disculpa de su culpa, aloménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala, ó buena; pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyéron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura, y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedáron los ojos de Anselmo ciegos, aloménos sin tener cosa que mirar, que contento les diese, los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dexar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas, ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el Cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está[119] colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta, aquel

la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se quexe de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos, y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos, y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quexarse, solo se quexa de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, é intenciones[110] que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixe á esta cabra quando aquí llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros, si he sido en el con-

tarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo que habia dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofreciéron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quixote, que le dixo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del Abadesa, y de quantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando pero las leyes de caballería que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador me-

jor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal pelage y catadura, admiróse, y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quien es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios, y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes que hacian todo eso, que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dixo á esta sazon Don Quixote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con quantas véras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrámbas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. Don Quixote que se vió libre, acudió á

subirse sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo[1] el Canónigo y el Cura, mas el Barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debaxo de sí á Don Quixote, sobre el qual llovió tanto número de moxicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los quadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyéron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto baxaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes

negado su rocio á la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion, pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dixo en alta voz á todos los que presentes estaban: agora, valerosa compañía, verédes quanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: agora digo, que verédes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fuéron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuviéron las voces que Sancho

le daba, diciendo ¿adonde va, señor Don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra Fe Católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace que por esta vez se puede decir, que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados, y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuviéron fuéron los que la imágen llevaban, y uno de los quatro clérigos, que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante, y otras circustancias de risa que notó y descubrió en Don Quixote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habédes fecho, y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la

deseada, libertad que merece. En estas razones cayéron todos los que las oyéron, que Don Quixote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quixote, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quixote encima de un hombro por el mismo lado de la espada que no pudo cubrir el adarga contra[122] villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano, no fuéron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegáron todos los de la compañía de Don Quixote adonde él estaba, mas los de la procesion, que los viéron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temiéron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores;

pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro Cura, que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y así él como toda la turba de los diciplinantes, fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyéron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Ó honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Ó liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primer palabra que dixo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi al-

dea en compañía destos señores que su bien desean, y allí darémos órden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho y fama. Bien decis[123], Sancho, respondió Don Quixote, y será gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que agora corre. El Canónigo y el Cura y Barbero le dixéron, que haria muy bien en hacer lo que decia: y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusiéron á Don Quixote en el carro, como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos, los quadrilleros no quisiéron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividiéron, y apartáron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quixote y Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes, y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino, que el Cura quiso, y acabo de seis dias llegáron á la aldea de Don Quixote, adonde entráron en la mitad del dia, que acertó á ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carro de Don Quixote. Acudiéron todos á ver lo que en el carro venia, y quando conociéron á su compatrioto, quedáron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué

oir los gritos que las dos buenas señoras alzáron, las bofetadas que se diéron, las maldiciones que de nuevo echáron á los malditos libros de caballerías, todo lo qual se renovó quando viéron entrar á Don Quixote por sus puertas. Á las nuevas desta venida de Don Quixote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero, que le preguntó fué, que si venia bueno el asno. Sancho respondió, que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo ¿que bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿que saboyana me traeis á mí? ¿que zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dixo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dixo Panza, y por agora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me veréis presto Conde, ó Gobernador de una Ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el Cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme ¿que es eso de Ínsulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho, á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar Señoría de todos tus vasallos. ¿Que es lo que decis, Sancho, de Señorías, Ínsulas,



Bernardo Barranco lo invento y dibuxo *Fernando Selma lo grabo en Madrid. 1778*

y vasallos? respondió [124] Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca : solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido, pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasáron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibiéron, y le desnudáron, y le tendiéron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzáron las dos de nuevo los gritos al Cielo, allí se renováron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidiéron al Cielo, que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedáron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mes-

mo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imagináron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, aloménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quixote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hiciéron, y allí le pasáron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin, y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caxa de plomo, que segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la qual caxa se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudiéron leer y sacar en limpio, fuéron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le dén el mesmo crédito, que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no

tan verdaderas, aloménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caxa de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA Á LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno, que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta,
El juicio que tuvo la veleta,
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncinea plancha:
El que á cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises,
Aquel, que en Rocinante errando anduvo,
Yace debaxo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA *IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO.*

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fué el gran Quixote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado:
Culpa de Rocinante. ¡Ó dura estrella!
Que esta Manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,
Ella dexó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino.
Cuelga las armas, y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
Nuevas proezas; pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quixote le corona el Aula,
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADÉMICO ARGAMASILLESCO Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico;
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡Ó vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el Caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama,
del gran Quixote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fuéron los versos que se pudiéron leer: los demas, por estar carcomida la letra, se entregáron á un Académico, para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia, que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quixote.

Forsi altro canterá con miglior plettro.





VARIANTES

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

1 Pág. 3. Él *le* respondió. La segunda edicion de 1608 dice: él respondió.

2 Pág. 13. Viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte, comenzáron á llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela. *La segunda*: Viéndose tratar *mal y* de aquella manera, hizo del ojo á sus compañeros, y apartándose á parte, comenzáron á llover tantas *y tantas* piedras sobre Don Quixote, &c.

3 Pág. 14. Le quitó la bacía de la cabeza, y diole con ella tres, ó quatro golpes . . . cnn que la hizo pedazos. *La segunda*: con que la hizo *casi* pedazos. Con la palabra *casi* añadida en *la segunda edicion* se salva la inconsequencia, en que de otro modo incurriria Cervántes, pues en el capítulo xxv. de esta primera parte, pág. 46 dice Don Quixote, que el galeote desagradecido quiso hacer pedazos el yelmo de Mambrino, pero no pudo, y en el cap. xxxvii. de la misma parte, pág. 2?2 dice que salió Don Quixote *con el yelmo, aunque abollado en la cabeza.*

4 Pág. 17. Iba tras su amo *sentado á la mugeriega sobre su jumento*, sacando de un costal y embanlando en su panza. *La segunda*: iba tras su amo *cargado con todo aquello que habia de cargar el rucio*, sacando de un costal y embaulando en su panza. Enmendó Cervántes en esta segunda edicion el olvido que tuvo en la primera, pues habiendo dicho, que Pasamonte la noche ántes habia robado el rucio á Sancho, á pocos renglones dice, que iba sentado sobre su jumento.

5 Pág. 18. Pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos. Véase la nota 8.

6 Pág. 20. No quedes arrepentidn de lo que *heciste*. *La segunda*: de lo que *hiciste*.

7 Pág. 22. Mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña. Véase la nota siguiente.

8 Pág. 23. Siguióle Sancho *con su acostumbrado jumento*. *La segunda*: siguióle Sancho *á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte*. Aquí vuelve á corregir Cervántes en la segunda edicion el olvido de la pérdida del rucio de Sancho; pero todavía se descuidó en enmendarle en dos pasages ántes de este: el uno en la pág. 18, nota 5, y el otro en la pag. 22, nota 7. Tambien se olvidó en la pág. 4?, nota 12.

9 Pág. 26. La sinrazon que me *heciste*. *La segunda*: la sinrazon que me *hiciste*.

10 Pág. 36. Comencé á temer, y á rezelarme dél. *La segunda*: comencé á temer, y *con razon* á rezelarme dél.

11 Pág. 38. Al qual ya habia venido el *accidente*. *La segunda*: Al qual ya habia venido el *acidente*.

12 Pág. 40. Mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Véase la nota 8.

13 Pág. 43. Entiende con todos *tus* cinco sentidos. *La segunda*: entiende con todos cinco sentidos.

14 y 15 Pág. 45. Para semejantes *efectos*.... En *efecto*. *La segunda*: para semejantes *efetos* .... en *efeto*.

16 Pág. 48. Mis *continos* y profundos suspiros moverán á la *contina* las hojas destos montaraces árboles. *La segunda*: mis *continuos* y profundos suspiros moverán á la *continua* estos montaraces árboles.

17 Pág. 51. Se me revuelve el alma, no *que* el estómago. *La segunda*: se me revuelve el alma, no *y quanto mas* el estómago.

18 Pág. 54. Ella se *riese* y enfadase del presente. *La segunda*: ella se *riyese* y enfadase del presente.

19 Pág. 55. Las *Amariles*, las *Files*, las Silvias, las Dianas, las Galateas, *las Alidas* y otras tales. *La segunda*: Las *Amarilis*, las *Filis*, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales.

20 Pág. 55. Las fingen por dar *subjeto* á sus versos. *La segunda*: las fingen por dar *sujeto* á sus versos.

21 Pág. 56. Digamela *vuestra merced*, que me holgaré mucho de oilla. *La segunda*: digamela, que me holgaré mucho de oilla.

22 Pág. 58. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á *veinte y dos* de Agosto deste presente año. *La segunda*: Fecha en las entrañas de Sierra Morena á *veinte y siete* de Agosto deste presente año.

23 Pág. 61. Amadis en las *malencónicas*. *La segunda*: Amadis en las *malencólicas*.

24 Pág. 61. Por las señales que halló *en la fuente*. Las primeras ediciones dicen: *en la fortuna*, la de Lóndres enmendó: *en la floresta*. Pero de entrámbos modos está mal, y debe decir: *en la fuente*, como consta del cap. anterior XXV. pag. 45. lin. 15.

25 Pág. 64. Saliendo al camino real se puso en busca *del* del Toboso. *La segunda*: se puso en busca del Toboso.

26 Pág. 65. Hiciéron el escrutinio y *acto* general de los libros. *La segunda*: hiciéron el escrutinio y *auto* general de los libros.

27 Pág. 66. Haber perdido de una mano á otra en un *estante* tres pollinos. *La segunda*: en un *instante*.

28 Pág. 83. La ha cumplido mas en su gusto que en vuestro provecho. *La segunda*: la ha cumplido *mucho* mas en su gusto, que en vuestro provecho.

29 Pág. 83. El confuso pensamiento y condicion *mudable* de una muger. *La segunda*: el confuso pensamiento y condicion *mutable* de una muger.

30 Pág. 91. *Lo que se dirá en la quarta parte desta narracion*. En el capitulo siguiente, que es el XXVIII. comienza la quarta y ultima parte de las quatro en que Cervántes dividió el tomo primero. Véase el prólogo número 12.

31 Pág. 98. Le venia aquel *accidente* de locura. *La segunda*: aquel *acidente* de locura.

32 y 33 Pág. 101. y 105. No han de ser de ningun *efecto* tus fuerzas.... En *efecto* él se fué. *La segunda*: de ningun *efeto* .... en *efeto*.

34 Pág. 105. En vano me cansé en *solicitallo*. *La segunda*: en vano me cansé en *solicitalle*.

35 Pág. 105. Se atropelláron *respectos*. *La segunda*: se atropelláron *respetos*.

36 Pág. 108. Habia faltado de casa de *sus padres*. *La segunda*: habia faltado de casa de *su padre*.

37 Pág. 109. Siendo *subjeto* tan baxo. *La segunda*: siendo *sujeto* tan baxo.

38 Pág. 110. Tuve por menor inconveniente dexalle y *asconderme*. *La segunda*: tuve por menor inconveniente dexalle y *esconderme*.

39 Pág. 110. Mis fuerzas ó mis *disculpas*. *La segunda*: mis fuerzas ó mis *desculpas*.

40 Pág. 110. En las primeras ediciones, y en la de Lóndres el epigrafe que correspondia al capitulo XXIX. se puso al XXX. y el de aquel á este, por lo que en esta edicion se ha puesto cada

uno en el lugar que le corresponde.

41 Pág. 113. Por que causa fué su *quistion*. *La segunda*: su *qüestion*.

42 Pág. 121. El mi buen *compatrio-te*. *La segunda*: el mi buen *compatrio-ta*.

43 Pág. 124. *Ora* tenga valor ó no. *La segunda*: *aora* tenga valor ó no.

44 Pág. 125. El epígrafe de este capítulo xxx. en las primeras ediciones y en la de Lóndres dice: *Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia, en que se habia puesto*. Pero este corresponde al capítulo antecedente, como se ha advertido en la nota 40.

45 Pág. 133. ¿No sabeis vos *gañan*, faquin, belitre? *La segunda*: ¿no sabeis vos faquin, belitre?

46 Pág. 136. No *fueran* menester tantas palabras. *La segunda*: no *fuéron* menester tantas palabras.

47 Pág. 145. Querian detenerse á beber en una *fontecilla*. *La segunda*: en una *fuentecilla*.

48 Pág. 147. En *efecto* él me paró tal. *La segunda*: en *efeto* él me paro tal.

49 Pág. 148. Quisiera tener *agora* con que llegar á Sevilla. *La segunda*: quisiera tener *aora* con que llegar á Sevilla.

50 Pág. 150. En el mismo *caramanchon*. *La segunda*: en el mismo *camaranchon*.

51 Pág. 155. Si me fuera lícito *agora*. *La segunda*: si me fuera lícito *aora*.

52 Pág. 165. El error de su *secta*. *La segunda*: el error de su *seta*.

53 Pág. 165. Ha de ser tiempo gastado. *La segunda*: ha de ser tiempo *mal* gastado.

54 Pág. 169. La muger es animal *imperfecto*. *La segunda*: la muger es animal *imperfeto*.

55 Pág. 170. Es de *vidrio* la muger. *La segunda*: es de *vidro* la muger.

56 Pág. 171. Los *defectos* que se procura. *La segunda*: los *defetos* que se procura.

57 Pág. 181. Una estatua de mármol, no *que* un corazon de carne. *La segunda*: una estatua de mármol, no un corazon de carne.

58 y 59 Pág. 181. 184. En *efecto*. *La segunda*: en *efeto*.

60 Pág. 186. Como el *subjeto* merece. *La segunda*: como el *sujeto* merece.

61 y 62. Pág. 189. Si en *efecto* .... quedase *imperfecta* la obra. *La segunda*: si en *efeto* .... quedase *imperfeta* la obra.

63 Pág. 197. ¿Porque no vas, Leonela, á llamar al mas *leal* amigo de amigo que vió el sol? *La segunda*: ¿Porque no vas, Leonela, á llamar al mas *desleal* amigo de amigo que vió el sol?

64 Pág. 199. Ya quisiera *que* la prueba de venir Lotario *faltara*, temeroso de algun mal repentino suceso. *La segunda*: ya quisiera la prueba de venir Lotario, *aunque* temeroso de algun mal repentino suceso.

65 Pág. 205. Tan extraños y eficaces *afectos*. *La segunda*: tan extraños y eficaces *afetos*.

66 Pág. 206. El epígrafe de este capítulo xxxv. en las primeras ediciones dice solamente: *Donde se da fin á la Novela del Curioso Impertinente*, y lo demas está en el cap. xxxvi. pero fuera de su lugar, porque allí no se trata de la batalla de Don Quixote con los cueros de vino, sino en el xxxv. por lo que en esta edicion se ha pasado de aquel á este la parte que le corresponde.

67 Pág. 206. Del *caramanchon* donde reposaba. *La segunda*: del *camaranchon* donde reposaba.

68 Pág. 209. Alta y *famosa* Señora. *La segunda*: alta y *fermosa* Señora.

69 Pág. 211. Era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse *qualificada* en sus amores llegó á tanto que .... se iba tras él á suelta rienda. *La segunda*: Era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el *gozo* que tenia Leonela de verse *ca-*

lificada en sus amores llegó á tanto, &c.

70 Pág. 215. Claramente conoció que se le iba acabando la vida. *La segunda*: claramente conoció *por las premisas mortales, que en sí sentia*, que se le iba acabando la vida.

72 Pág. 222. Como me *heciste* en los principios. *La segunda*: como me *hiciste* en los principios.

73 Pág. 124. Desta vuestra *captiva*. *La segunda*: desta vuestra *cautiva*.

74 Pág. 227. Que yo rogaré al Cielo. *La segunda*: que yo de *rodillas* rogaré al Cielo.

75 Pág. 231. Pensamiento *desparatado*. *La segunda*: pensamiento *disparatado*.

76 Pág. 232. Luscinda haria y representaria la persona de Dorotea. *La segunda*: Luscinda haria y representaria *suficientemente* la persona de Dorotea.

77 Pág. 232. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. La edicion de Lóndres dice: no esta mas de dos jornadas de aqui, *dixo el Cura*. Pues aunque estuviera mas, *dixo Don Fernando*, gustara yo de caminallas, &c. En las primeras ediciones faltan las palabras: *dixo el Cura*: *dixo Don Fernando*. Este género de supresiones de los interlocutores del diálogo, de que se hallan muchos exemplos en los buenos autores antiguos y modernos, usa con freqüencia Cervántes en sus obras, particularmente en esta del Quixote, como se puede ver en los capítulos VI, IX, XII, XXXVIII, XLIII, y L. de la primera parte, y en el III, IV, VII, X, XIII, XVI. de la segunda, y en otros lugares, por lo que se ha conservado este pasage y otros semejantes sin alteracion, como se hallan en las primeras ediciones.

78 Pág. 236. Si gustáredes de *pasar* con nosotras. *La segunda*: si gustáredes de *posar* con nosotras.

79 Pág. 237. Respondió el *Captivo*. *La segunda*: respondió el *Cautivo*.

80 Pág. 237. ¿Luego no es *baptizada*? *La segunda*: ¿luego no es *bautizada*?

81 Pág. 250. Á mi padre le quedáron quatro mil en dineros. *La segunda*: á mi padre le quedáron quatro mil *ducados* en dineros.

82 Pág. 253. *Leventes* y Genízaros. *La segunda*: *Levantes* y Genízaros.

83 Pág. 257. Todos tres se *sonrieron*. *La segunda*: todos tres se *sonriyeron*.

84 Pág. 260. Siendo *grumete* de una nave. *La segunda*: siendo *brumete* de una nave.

85, 86 y 87. Pág. 263, 264 y 265. Hecimos. *La segunda*: hicimos.

88 Pág. 274. Á un Lugar, que se *llamaba* Sargel. *La segunda*: á un Lugar que se *llama* Sargel.

89 Pág. 277. Mil y quinientos *zoltanis*. *La segunda*: mil y quinientos *zoltanis*.

90 Pág. 278. Desto se *rió* muy de véras. *La segunda*: desto se *riyó* muy de véras.

91 Pág. 279. El *primero* juma. *La segunda*: el *primer* juma.

92 Pag. 284. Cae sesenta millas de Argel. *La segunda*: cae *no mas que* sesenta millas de Argel.

93 Pág. 288. Lo sabrá decir mejor que *no* yo. *La segunda*: lo sabrá decir mejor que yo.

94 Pág. 289. Para que *felicemente* diésemos fin. *La segunda*: para que *felizmente* diésemos fin.

95 Pág. 293. No queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela, *desde* donde habia salido. *La segunda*: no queria tocar en ningun puerto de España, sino *irse luego á camino*, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, *hasta* la Rochela, *de* donde habia salido.

96 Pág. 293. Con la qual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros. *La segunda*: con la qual vista *y alegría* todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si

propiamente no hubieran pasado por nosotros.

97 Pág. 294. Con lágrimas de *muy* alegrísimo contento. *La segunda*: con lágrimas de alegrísimo contento.

98 Pág. 295. Se vistiese un *gileeuelco*, ó casaca. *La segunda*: se vistiese un *gileco*, ó casaca.

99 Pág. 296. Habia apellidado, *al* arma. *La segunda*: habia apellidado arma.

100 Pag. 299. En diciendo esto, *Don Antonio* y todos los demas se le ofreciéron.... para servirle. Las primeras ediciones dicen: *Don Antonio.* Pero es un descuido del autor, pues entre todos los concurrentes no habia ninguno que se llamase así. Deberia decir: *Cardenio*, ó: *el Cura*, que eran las personas principales que habian oido la relacion del cautivo ademas de Don Fernando, pues aunque con este venian tres caballeros, no se ha dicho el nombre de ninguno de ellos.

101 Pág. 302. Para conocer primero si.... su hermano por verle pobre se *afrentaba*, ó le *recebia* con buenas entrañas. *La segunda*: para conocer primero si.... su hermano por verle pobre se *afrentaria*, ó le *recebiria* con buenas entrañas.

102 Pág. 306. Le puso *ámbas* manos en los pechos. *La segunda*: le puso *las* manos en los pechos.

103 Pág. 312. Es muy *gran* estudiante y poeta. *La segunda*: es muy *grande* estudiante y poeta.

104 Pág. 323. Como el Cielo *lo* ordenare. *La segunda*: como el Cielo ordenare.

105 Pág. 324. *Salia* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, *y* llamando Dorotea á Cardenio á parte.... le contó la historia del músico. *La segunda*: *salió* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada: llamando Dorotea á Cardenio, &c.

106 Pág. 331. Hasta *agora*. *La segunda*: hasta *aora*.

107 Pág. 331. Para que todos *riesen*. *La segunda*: para que todos *riyesen*.

108 y 109 Pág. 333 y 347. Ponerme yo *agora*.... *Agora* acabarás de conocer. *La segunda*: ponerme yo *aora*.... *aora* acabarás de conocer.

110 Pág. 349. Quando el furibundo leon manchego y la blanca paloma tobosina *yoguieren* en uno. *La segunda*: *yacieren* en uno.

111 Pág. 358. ¿*Pensaba* vuestra merced, que no lo conozco? *La segunda*: *pensará* vuestra merced, que no le conozco.

112 Pág. 361. Un millon de *compitientes*. *La segunda*: un millon de *combatientes*.

113 Pág. 377. *Tantos* y tan *disparatados casos* como los libros de caballerias contienen. *La segunda*: *tantas* y tan *disparatadas cosas* como los libros de caballerias contienen.

114 Pág. 388. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Á lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir: solo me guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza. *La segunda*: *Á lo qual replicó Don Quixote*: no son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Yo no sé que haya que decir, solo me guio *por muchos y diversos exemplos que podria traer á este propósito de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios, que de sus escuderos habian recebido, les hiciéron notables mercedes, haciéndoles Señores absolutos de Ciudades y Ínsulas, y qual hubo, que llegáron sus merecimientos á tanto, que tuvo humos de hacerse Rey. Pero ¿para que gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne exemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula firme?* Y así puedo yo sin escrú-

pulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza. Las palabras: *á lo qual replicó Don Quixote* en la segunda edicion están fuera de su lugar, como se ve por el contexto, y deben estar como en la primera al principio de la segunda cláusula.

115 Pág. 388. Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates que Don Quixote habia dicho. *La segunda*: admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (*si disparates sufren concierto*) que Don Quixote habia dicho.

116 Pág. 389. Estaréis *mas* segura en vuestro aprisco. *La segunda*: estaréis segura en vuestro aprisco.

117 Pág. 393. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la *Rosa* hijo de un pobre labrador vecino del mismo Lugar. En todos los lugares, en que en la primera edicion dice Vicente de la *Rosa*, la segunda dice Vicente de la *Roca*.

118 Pág. 393. Habia hecho muestra.... de mas de veinte *plumages*. *La segunda*: habia hecho muestra.... de mas de veinte *plumas*.

119 Pág. 396. Segun está *colmo* de pastores y de apriscos. *La segunda*: segun está *colmado* de pastores y de apriscos.

120 Pág. 397. Del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones *que tienen*. *La segunda*: del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones.

121 Pág. 400. Pero *estorbabanselo* el Canónigo y el Cura. *La segunda*: pero *estorbaronselo* el Canónigo y el Cura.

122 Pág. 403. No pudo cubrir el adarga contra villana fuerza. *La segunda*: no pudo cubrir el adarga contra *la* villana fuerza.

123 Pág. 405. Bien *decis*, Sancho. *La segunda*: bien *dices*, Sancho.

124 Pág. 407. Respondió *Juana* Panza. La edicion de Lóndres enmendó: *Teresa* Panza; pero las primeras ediciones constantemente dicen *Juana Panza* en todas las partes, que se nombra en este capítulo.









